

Odlanyer Hernández de Lara
Boris Rodríguez Tápanes
Carlos Arredondo Antúnez

Esclavos y Cimarrones en Cuba

Arqueología histórica en la
cueva El Grillete

Arqueología ^{Historia}
AspHA
Patrimonio Sociología Antropología

Odlanyer Hernández de Lara
Boris Rodríguez Tápanes
Carlos Arredondo Antúnez



Esclavos y cimarrones en Cuba
Arqueología histórica en la cueva El Grillete

ESCLAVOS Y CIMARRONES EN CUBA

Arqueología histórica en la cueva El Grillete

Odlanyer Hernández de Lara
Boris Rodríguez Tápanes
Carlos Arredondo Antúnez



Hernández de Lara, Odlanyer

Esclavos y cimarrones en Cuba : arqueología histórica en la cueva El Grillete / Odlanyer Hernández de Lara ; Boris Ernesto Rodríguez Tápanes ; Carlos Arredondo Antúnez. - 1a ed. - Buenos Aires : Aspha, 2013.

E-Book.

ISBN 978-987-28832-4-9

1. Arqueología. I. Rodríguez Tápanes, Boris Ernesto II. Arredondo Antúnez, Carlos III. Título
CDD 930.1

Fecha de catalogación: 19/03/2013

Revisión editorial: María Andrea Runcio

Evaluación: Ana María Rocchietti

Diseño y diagramación: Odlanyer Hernández de Lara

ISBN [e-book]: 978-987-28832-4-9

Portada: Vista de una de las entradas de la cueva El Grillete. Foto: Boris E. Rodríguez Tápanes.

Las imágenes del inicio de cada capítulo fueron tomadas del artículo: "Las firmas de los santos", de Leovigildo López (Altas del Folklore, año 1, núm. 5:161-169, mayo de 1961, La Habana).

Primera edición impresa: Centro de Investigaciones Precolombinas. I.S.P. Joaquín V. González. Buenos Aires, 2012.

Aspha Ediciones

Virrey Liniers 340 (1174)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Argentina

Telf. (54911) 3971-3778

asphaediciones@gmail.com

www.asphaediciones.com.ar

IMPRESO EN ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

“La fuga era el ideal del esclavo,
porque significaba la libertad,
temporal cuando menos.

En las maniguas y vírgenes bosques
los negros protegidos por la lujuriosa flora tropical
conseguían a menudo hacerse libre de hecho;
entonces eran llamados cimarrones”

Fernando Ortiz, 1916 (p. 396)

*A nuestros padres,
por el apoyo que dan, o dieron,
para ayudarnos a ser quienes somos.*

EL NEGRO ALZADO (1835)

José Jacinto Milanés
(1814-1863)

A la puerta del bohío
sentado está el mayoral:
gotas de sudor le corren
por la patilluda faz:
yace su sombrero en tierra,
y en su gruesa mano está
grueso manatí, adornado
con un puño de metal.
Su hija mayor con un peine
negro, alisándose va
aquella gran cabellera,
cuyo dueño original
nunca sufrió a la tijera
que la entrase a desmontar.
Su mujer a cuatro pasos
tuerce y lava sin cesar
en una enorme batea
el vestido marital.
Dos chiquillos cerca de ella
con un negrito bozal,
todos tres desnudos, juegan,
retozan, gritan, se dan;
y cada vez que el negrito
amenaza a algún rapaz,
El gran manatí del padre
que los mira retozar,
levanta en su tierna espalda
doloroso cardenal.
La peinadora y los chicos
y la que atiende a lavar,
oyendo el agudo grito
que huyendo el negrito da,
muertos de risa, le llaman
para que vuelva a jugar.
El mayoral se sonríe
y grita: “Perro, anda a acá:
entretén mis hijos,” y alza
el instrumento fatal:
a cuya vista, temblando
vuelve a sus pies el bozal

entre dolientes sollozos
que tiene que refrenar,
y vertiendo de ambos ojos
lágrimas que risa dan.
“Este perro -gruñe entonces
sentándose el mayoral-,
bien se conoce que es hijo
de aquel bribón de Julián
que anda alzado hace ocho días”.
“Desde bien temprano está
Silverio con mis tres perros,
en aquel cañaveral
del vecino, registrando
todo, para ver si da
con él”. -“Pues qué -dice Quilla,
la esposa del mayoral-,
¿con tres pelás que ya lleva
no acaba de escarmentar?”
-“Nada: los cujes de vaya
que destrocé sin parar
la vez pasada en sus carnes,
no me puedo acordar ya
cuántos fueron; pero apenas
se pudo el perro parar,
cuando volvió al monte en busca
de su mujer Soledad;
porque también la bribona,
que es de estotro cafetal,
anda alzada, y su marido,
en viéndome descuidar,
se junta con ella”. -“Y dime:
si ves que siempre se va,
¿por qué no haces que con roscas
vaya al campo a trabajar?”
-“Yo te diré. Aunque se ha huído
tres veces este Julián,
como es negro de aguante
y muy callado además,
tuve escrúpulo al principio,
(y fue una bestialidad
el escrúpulo) de darle,
por el motivo no más
de que le llamaba al monte
el amor de Soledad”.
-“Fue una grande caballada.
En un esclavo no hay

amor que valga: que sude
trabajando sin cesar,
porque para amar a nadie
no puede tener lugar”.
-“Por supuesto. ¿Quién manda
que nazca esclavo y bozal?”
Y esto diciendo, se para,
y haciendo, en pronto ademán,
con el manatí en el aire
una cruz descomunal,
grita así: -“Por esta cruz
santísima, que a Julián,
si hoy no lo coge Silverio,
aunque venga Dios de allá
del cielo, y por él me pida,
le tengo de ver pelar
con el mayor bocabajo
que se dio ni se dará”.
Sus ojos, al decir esto,
lentos de ferocidad,
en sus órbitas saltaban:
oíanse rechinar
sus dientes: su pie pateaba:
contemplábase brillar
hinchadas sus venas, y era
una expresión infernal
de ira y alegre soberbia
la que ostentaba su faz,
tal como el buitre cubano
que baja rauda y voraz
al ver el reptil que brilla
removiéndolo el muladar.

Prólogo

La historiografía cubana ha tenido, entre sus aportes más recientes, estudios sobre resistencia esclava, entendida esta como el conjunto de las diversas formas de respuesta de los esclavos en Cuba, ante el sistema esclavista. En particular, el cimarronaje, constituyó una manifestación significativa, en el período de auge e introducción de esclavos africanos. Ahora bien, no por ello los resultados alcanzados satisfacen las expectativas sobre el tema, en correspondencia con la magnitud y extensión geográfica alcanzada por el fenómeno; a pesar de los esfuerzos de investigadores y editoriales, la literatura sobre el asunto, sólo ha tenido un ligero despegue. Por ello, al aparecer un texto sobre el particular, se convierte en un acontecimiento trascendental.

El libro *Esclavos y cimarrones*, de los investigadores cubanos O. Hernández, B. Rodríguez y C. Arredondo, viene a complementar los estudios y publicaciones realizados en las últimas décadas, aportadoras de excelentes resultados al conocimiento de la cimarronería en Cuba. La obra emerge oportunamente, cuando Cuba celebra el año de los afrodescendientes, momento en el cual estudiosos cubanos y personas sensibles, lanzan una cruzada dirigida a reivindicar a quienes fueron arrancados de su tierra natal contra su voluntad y sometidos a una cruel y humillante condición humana; así como a sus descendientes, estigmatizados por el color de la piel.

El texto trata de centrarse en el estudio arqueológico del cimarronaje, a partir de numerosas evidencias materiales, encontradas en diversos sitios arqueológicos de la geografía matancera. Pero, en realidad se abre para dar lugar a un verdadero estudio histórico integral, donde diferentes disciplinas entran a solucionar disímiles problemáticas, en las cuales el fenómeno se desarrolla en ese espacio geográfico.

Por ello ciencias como: zoología, botánica, geografía y cartografía, entre otras, se suman a la arqueología e historia, para dar una visión integradora de uno de los acontecimientos de la historia nacional menos conocidos; así como de una región de gran importancia económica en el siglo XIX. El uso de dichas disciplinas se ha realizado con esmero y acuciosidad, al tener en cuenta las últimas tendencias en su aplicación, lo cual permite claridad y comprensión del resultado de la investigación; así como el enriquecimiento del discurso científico.

Entre las nuevas aportaciones de esta obra, está el estudio relacionado con sitios de cimarrones y el entorno natural, a partir del enfoque novedoso de la Arqueología del Paisaje. Este acontecimiento científico, de reciente introducción en los estudios arqueológicos, demuestra cuánto más se puede hacer en investigación histórica, en busca de que los resultados de las pesquisas permitan, cada vez más, un acercamiento a la verdad histórica y, sobre todo, realizar historias integrales. Las indagaciones históricas han estado carentes de enfoques inter y transdisciplinar, condenándolas a no incorporar elementos, parte integrante de los procesos históricos, como por ejemplo, la relación del hombre con el medio natural, donde ésta se da en dependencia de los objetivos, situaciones específicas y de actitud, asumidas por los hombres ante diferentes escenarios y circunstancias históricas.

El espacio geográfico es consecuencia del hombre y su accionar sobre la naturaleza. En esta estrecha relación, se establecen vínculos e interdependencias, matizadas por los diferentes momentos históricos. En un principio, el hombre era más dependiente de los elementos naturales, pero en el proceso evolutivo fue conociendo leyes regidoras de la madre natura, estableciendo nuevas relaciones y escenarios geográficos. Ahora bien, no es lo mismo las relaciones establecidas por los hombres en su eterna lucha por su subsistencia alimentaria, que las realizadas en condiciones de acoso, como el caso de los esclavos huidos, refugiados en los lugares más insólitos. Este es un incentivo, para acometer de manera sistemática nuevas investigaciones.

El estudio realizado por los autores, permite conocer cuál fue el tipo de comportamiento mostrado por los cimarrones, ante cada uno de los escenarios naturales y económicos. En dependencia de ello, queda claro en el libro un tipo de reunión o actividad subsistencial, condicionada, en unos casos por la topografía del territorio en cuestión y, en otros, por el grado de control esclavista en correspondencia con el nivel de desarrollo socio-económico.

Los resultados alcanzados en diferentes investigaciones y la abrumadora información, contenida en legajos depositados en los archivos del país, permiten percibir determinadas tendencias. En zonas montañosas, inmediatas a regiones de mayor desarrollo económico y cuya topografía era relativamente accesible por los perseguidores, la tendencia fue hacia el cimarronaje en cuadrilla, cuyos individuos pertenecían, principalmente, a dotaciones de ingenios y cafetales. Este tipo de agrupamiento les facilitaba moverse constantemente, en una región controlada por los hacendados, con la presencia casi constante del brazo armado de éstos, o sea, partidas de rancheadores y

otros grupos represivos, organizados para tratar de neutralizar dicho fenómeno. También existieron en ella, manifestaciones de cimarronaje simple y apalencamiento, pero nunca superaron al acuadrillamiento.

La cimarronería en cuadrilla, fue táctica muy eficaz en estos escenarios; por el contrario, no podían estabilizar un tipo de economía propia basada en la explotación de tierras. De esta manera, su subsistencia estuvo basada en el saqueo de plantaciones más cercanas a su zona de influencia. Se establecía así una dependencia económica de la cuadrilla alrededor de las haciendas. El sistema habitacional puesto en práctica por los cimarrones, en este caso, descansaba en el uso de rancherías temporales de construcciones ligeras, así como el empleo de cuevas y abrigos rocosos, hecho demostrado en los sitios arqueológicos tratados en esta obra.

Por el contrario, en escenarios de difícil topografía, donde el proceso de ocupación y uso del espacio había sido casi nulo, por ser éste un elemento de resistencia natural a la colonización, el comportamiento de los cimarrones fue diferente. Estos contextos naturales facilitaban la organización de los llamados palenques, adaptados a las características propias del medio. De igual manera eran zonas con menos intereses para los hacendados, y por consiguiente, menos frecuentadas por lo rancheadores.

Así, los apalencados respetaron los principios más elementales de una subsistencia acosada: en primer lugar, la distancia entre el lugar escogido y los núcleos de población y vías de comunicación, una de las primeras regularidades presentes en este tipo de asentamiento humano. A dicho elemento se le suma otro: inaccesibilidad o sea, lugares poco accesibles al transeúnte, difíciles de alcanzar, lugares a los que sólo se podía llegar con objetivos muy definidos; y en tercer lugar, el ocultamiento natural, logrado a partir de carac-

terísticas topográficas y vegetación existentes, en función de brindar protección física y visual.

Las condiciones de apalencamiento y de un relativo aislamiento de los centros de control esclavista, permitió a sus integrantes realizar prácticas subsistenciales basadas en la agricultura, aunque no por ello dejaron de saquear propiedades existentes en su área de influencia, sobre todo en busca de alimentos cárnicos. En los datos aportados por este texto, en diferentes sitios arqueológicos, es perceptible dentro de los restos de alimentos, presencia de residuos de fauna doméstica.

El mayor volumen de información alcanzado por los estudiosos, con relación a la cimarronería, es a partir de regiones montañosas, tanto en evidencias materiales obtenidas en trabajos de campo, como en documentos contenidos en los diferentes archivos. Pero también aparecen reportes de asentamientos de esclavos prófugos, así como actividades subsistenciales escenificadas en franjas de manglares existentes en las llanuras marinas en ambas costas a lo largo de la Isla, convirtiéndole en una zona de importancia para investigaciones sobre esta temática.

En los manglares, las condiciones de vida y protección son diferentes. Como dificultades en estos sitios, los cimarrones se enfrentaron a carencias de agua potable y densas plagas de insectos, que hacían difícil la vida. Al mismo tiempo, les convertía en lugares donde, era posible el aislamiento y protección, para evitar ser capturados. Como tendencia organizativa practicada aquí, fue el acuadrillamiento. Por lo regular dichas franjas de manglares limitaban, tierra adentro, con plantaciones cañeras, cafetales, sitios de crianza, etcétera; constituyendo fuentes de aprovisionamiento a partir del robo de alimentos, fundamentalmente el sacrificio de ganado.

Para una mejor comprensión de estas expresiones de subsistencia, se puede determinar cuatro vías principales: 1) la caza y captura de especímenes de fauna salvaje, 2) el robo o saqueo de haciendas, 3) cultivos de viandas y hortalizas, y 4) el trueque o comercio en especies.

La primera actividad era tradicional en los grupos étnicos llegados a Cuba procedentes de África, por lo tanto no fue una acción nueva para ellos, permitiéndoles identificar y obtener parte del sustento necesario por esta vía. En los diferentes estudios arqueológicos, relativos a remanentes alimentarios, se constata la presencia de restos óseos de fauna salvaje, como es el caso de la jutía (*Capromys* sp.).

En el segundo de los casos, el robo, es el de más alta incidencia en los documentos referentes al tema. En todos los diarios de rancheadores se insiste en la gran cantidad de sustracciones de alimentos en haciendas. Esta vía, era muy empleada por cuadrillas y el cimarrón simple, y también los apalencados, pero con menor dependencia.

La obtención de alimentos por vía del cultivo de viandas, hortalizas y otras plantas con frutos comestibles, se efectuó, como ya se ha señalado, sólo en aquellos lugares donde los cimarrones se reunían de manera estable. Los apalencados estaban obligados a practicar otras vías subsistencia para el complemento dietético que ayudaba al mantenimiento del grupo. Precisamente esta era una de las vulnerabilidades del sistema de apalencamiento, pues casi siempre cuando bajaban a las haciendas a aprovisionarse, eran descubiertos, perseguidos y neutralizados.

El trueque o comercio en especie se dio entre el cimarrón y algunos individuos, entre ellos administradores y mayores. Constituía una vía importante para la obtención de alimentos y otras necesidades.

Sin constituir tendencias, existieron otras formas de relaciones entre el cimarrón y algunos individuos, interesados en el empleo de los mismos como fuerza de trabajo. El cimarrón fue mano de obra barata para su "contratista", mucho más barato que el esclavo por concepto de manutención. A cambio de ello, el cimarrón recibía el pago en especie.

Entre las tácticas defensivas empleadas por los cimarrones, se efectuó la obtención de información sobre los movimientos de los rancheadores y el estado de vigilancia en las haciendas. Resulta interesante el sistema creado por los fugitivos para el logro de sus objetivos, a pesar de estar en lugares recónditos. Para tener el control del movimiento de los rancheadores, tenían en las dotaciones de esclavos mansos, una segura fuente de información. Esto se encadenaba con cimarrones vigías, quienes eran situados en lugares topográficamente ventajosos.

Otras tácticas practicadas con relativa frecuencia, fueron los movimientos de una región a otra en busca de alimentos y captación de nuevos individuos para el incremento del colectivo, sobre todo de mujeres para los palenques, quienes no en todos los casos les acompañaban por decisión propia, sino llevadas a la fuerza. En la papelería consultada se nota, con reiteración estos flujos migratorios temporales.

Los cimarrones no se caracterizaron por su tendencia a realizar ataques, sino más bien su táctica era defensiva y de evasión, sobre todo para preservar su estatus de libertad y los lugares conquistados. Para ello, pusieron en práctica varias acciones, las cuales no por su simpleza dejaron de ser efectivas. Una táctica empleada con frecuencia al ser atacados fue el enfrentamiento de un reducido número de individuos a los agresores, mientras el resto huía a través de vías de auxilio, previstas para tales ocasiones. En muchos de los

casos los defensores morían en desigual combate o se inmolaban.

El esclavo prófugo fue capaz de incorporar a su acosada vida conocimientos empírico-espontáneos, del mismo modo que se adaptó a las condiciones naturales donde se refugió. Los propios elementos naturales, los empleó a su favor para evadir la persecución y subsistir: la noche le permitió moverse sin ser visto, la lluvia borró sus huellas, y el relieve accidentado le sirvió de abrigo y defensa. Así también, conoció cada planta silvestre: sanadoras, comestibles e ideal para la elaboración de sus armas y útiles para la vida; los especímenes comestibles de fauna salvaje y el escondrijo de laboriosas abejas proveedoras de miel y cera.

Todo ello y más, permite conocer el libro *Esclavos y cimarrones*, llamado a constituir una obra de referencia en los estudios sobre resistencia esclava en Cuba, y en particular, en la región matancera. Además, se convierte en acto de justicia de quienes con audacia y marcada desventaja, lograron enfrentar al esclavismo y su sistema represivo.

Dr. Jorge Freddy Ramírez Pérez
Pinar del Río, Cuba, primavera de 2012

Prefacio

El trabajo arqueológico conlleva en muchas ocasiones visitar, a veces por mucho tiempo consecutivo, paisajes naturales muy variados, desde playas hasta el medio de la campiña, perdido en un verde tropical de una belleza impecable. Claro que todos los paisajes no se han mantenido intactos desde la primera ocupación humana hasta la actualidad, pues los denominados procesos de formación (Schiffer 1987) han incidido en mayor o menor grado en la transformación del entorno.

En el caso que nos ocupa en este libro, todo parece indicar que la situación topográfica del lugar no ha sufrido grandes cambios, especialmente desde el punto de vista de la vegetación que se mantiene espesa e impenetrable por momentos. Por ello, aún en compañía de la belleza de los paisajes que te rodean, el clima tropical y las características de la flora implican inevitablemente que el calor y el cansancio te cieguen por completo, en especial cuando caminas y caminas sin encontrar el lugar que buscas.

Fueron precisamente así nuestras primeras veces en la Loma Buxua, una elevación cercana al poblado de Limonar en la provincia cubana de Matanzas, donde se encuentra la cueva El Grillete. Pasar más de una vez por la entrada de la cueva sin poder encontrarla habla del estupendo camuflaje que tenían y tienen estos parajes gracias a la densa vegetación, elemento de gran importancia para la selección de los lugares

utilizados por los esclavos cimarrones para habitar, sin importar cuánto tiempo estuvieran.

Encontrar la cueva fue una aventura de aquellas, hasta que finalmente uno de los campesinos de la zona nos tuvo que indicar el camino, yendo con nosotros. La segunda vez pensamos que llegábamos solos, pero no fue así. Hasta que aprendimos el camino y el lugar justo donde doblar.

Pero tal vez más difícil que encontrar la cueva era viajar desde la ciudad hasta el caserío más cercano. El único día que teníamos un transporte “seguro” —el jeep del Comité Espeleológico provincial—, bueno, pues descubrimos que muy seguro no era, ya que los frenos no respondían. Eso conllevó a que nos tuviéramos que aventurar, una vez más, en la zozobra del viajero.

Por otra parte, el estudio del sitio arqueológico también estuvo colmado de inconvenientes que en muchas ocasiones no pudieron ser evitados. No solamente por las cuestiones de conservación del lugar, como se verá en el desarrollo de este libro, sino también por otras razones que impidieron que se pudiera realizar el estudio de todos los restos faunísticos rescatados en el sitio, lo que implica un sesgo en la información. No obstante, el porcentaje trabajado ofrece un panorama general que permite un acercamiento a las dinámicas del contexto sistémico del cimarronaje.

Pero más allá de los obstáculos que el arqueólogo tiene que enfrentar siempre —aunque no suela aparecer en los artículos científicos—, en ese pequeño tramo montañoso se entrevé un potencial extraordinario para los estudios del cimarronaje, pues la cueva El Grillete es la única, hasta el momento, que ha sido estudiada en la zona. La densidad de plantaciones esclavistas que se erigieron en los alrededores de estas elevaciones es argumento suficiente para asegurar que todos los espacios de difícil acceso en torno a

las mismas deben tener la huella indeleble de los esclavos que buscaban vivir libres. La naturaleza del terreno le brindó al esclavo el escenario idóneo para escapar del trabajo forzado, ya fuera por mucho o poco tiempo.

Como se verá en las líneas que siguen, el cimarronaje en la provincia de Matanzas constituyó un proceso permanente hasta la abolición de la esclavitud. La visión de esa historia desde la perspectiva arqueológica siempre brinda nuevos detalles que sólo pueden rescatarse a través de la interpretación de las evidencias materiales.

Agradecimientos

El texto que presentamos lleva consigo la labor intrínseca de muchos amigos y colegas que nos apoyaron en distintos momentos y de diferentes maneras. Por ello, no podemos pasar por alto nuestro agradecimiento más profundo a todos los que en alguna manera nos brindaron una mano. Antes que nada, agradecer al Comité Espeleológico de Matanzas, de la Sociedad Espeleológica de Cuba, y dentro de este, a todos los integrantes de los grupos Luis Montané, Cacique Yaguacayex, Félix Rodríguez de la Fuente y Remigio Quinteros, que participaron en los trabajos de rescate.

Al Dr. Ercilio Vento Canosa, quien amablemente nos encaminó en este trabajo y nos brindó mucha información, tanto espeleológica como arqueológica, en especial de las labores que dirigiera en 1969.

A Esteban Grau, por su imprescindible ayuda dentro de la cueva y la labor topográfica. A Ivonne Vázquez de la Torre, por la digitalización del plano y su inestimable ayuda con las hojas topográficas.

Un agradecimiento especial para Leivis Casas Ínsua, quien comenzó este trabajo y nos invitó a ser parte del mismo. Su constante apoyo fue fundamental.

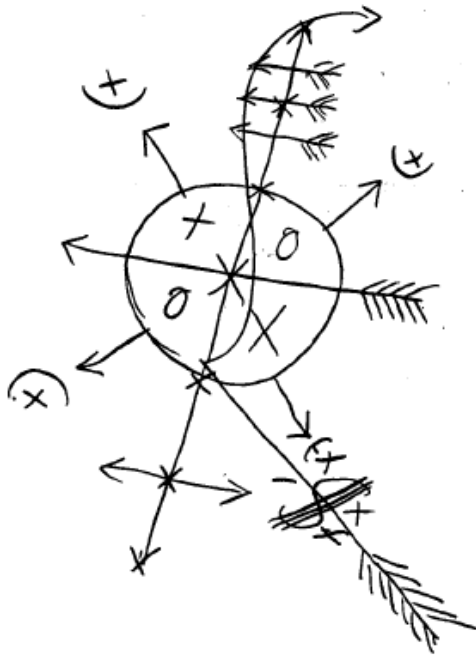
A los doctores Lourdes Domínguez y Gabino La Rosa, por sus acertadas sugerencias y por la información brindada.

Al doctor Karlis Karklins, quien amablemente nos auxilió en la clasificación de las cuentas de vidrio.

Además, no podemos dejar de mencionar al Castillo de San Severino, Museo de la Ruta del Esclavo, lugar donde se conservan las piezas rescatadas de la cueva El Grillete, por todo el apoyo que recibimos siempre, especialmente de su directora Isabel Hernández Campo.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN



El surgimiento de la arqueología histórica estuvo vinculado al estudio de las élites en las sociedades coloniales, pautas que también se siguieron en Cuba hasta finales de la década de 1960 aproximadamente, cuando los investigadores comienzan a interesarse por los espacios ocupados por las clases explotadas. Esta postura se vislumbra en la conceptualización misma de la arqueología histórica o colonial en los primeros años de su surgimiento en el país, cuando se define por vez primera el marco temporal y el contenido que abarcaría la disciplina (Hernández y Menéndez 2011).

A partir de la creación del entonces Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC) en 1961, especialmente con la Sección de Arqueología Colonial que naciera tres años después, dirigida por Rodolfo Payarés (1922-1993) (Hernández y Arrazcaeta 2007), sus miembros comenzaron a interesarse por las ruinas de ingenios y cafetales, así como por los espacios utilizados por los esclavos cimarrones¹. De ese interés surgieron pocas publicaciones (Tabío y Payarés 1968; Domínguez 1991), pero se trabajó en varias plantaciones, especialmente en el

¹ Este término ha sido catalogado como un indigenismo de origen antillano que se utilizaba ya en el primer tercio del siglo XVI, aplicado en un inicio a los aborígenes fugitivos y luego a los negros. Ya para 1530 aparece en los documentos oficiales que intercambiaban los conquistadores con las autoridades de la corona y hacia 1544 era utilizado para los esclavos negros huidos (Arrom 1983).

occidente del país². No obstante, las investigaciones dirigidas al estudio de la clase dominante siguieron predominando.

En la década de 1970 se realizan varios trabajos relacionados con los palenques y refugios de cimarrones, aunque no es hasta la siguiente (1980) que es tratada la información con mayor sistematicidad.

En la provincia de Matanzas, la década del setenta trae consigo los primeros trabajos arqueológicos vinculados con la esclavitud. En 1974, Eladio Elso realiza exploraciones en la Cueva del Pan, ubicada en la elevación conocida como Loma del Pan o el Pan de Matanzas, donde colecta un lote de tuestos de la época colonial (La Rosa y Ortega 1990). Luego, se tienen referencias de los trabajos dirigidos por Rodolfo Payarés entre 1977 y 1978 en el Ingenio Triunvirato, donde participaron además Rafael Valdespino y Antonio Ramos, excavando en una de las plantaciones donde se desarrolló la más importante sublevación de esclavos del siglo XIX cubano. Lamentablemente, los resultados de esas labores no se dieron a conocer en publicaciones científicas, sino en una nota periodística que no brinda mucha información.

El grueso de las investigaciones arqueológicas sobre los sitios de cimarrones de esta área, se han llevado a cabo en las alturas Habana-Matanzas, especialmente las realizadas por Gabino La Rosa (1986, 1988, 1989, 1991a, etc.), aunque otros investigadores también han hecho su aporte (Garcell 2002). El hecho es que en otras áreas de la provincia, como son las elevaciones de las localidades de Limonar, Coliseo y

² Para más información sobre las plantaciones trabajadas ver: Roura Álvarez, L. (2011), "Patrimonio industrial y arqueología: acercamiento a sus relaciones en Cuba", *Arqueología histórica en América Latina: una perspectiva cubano-argentina* (M. Ramos y O. Hernández de Lara, edit.), Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, Buenos Aires.

San Antonio de los Baños, no han proliferado los estudios arqueológicos en sitios de esclavos cimarrones, a pesar del potencial de estos espacios geográficos. Se conoce solamente el estudio en la zona de Limonar de la cueva El Grillete (Álvarez y Vento 1996; Rodríguez y Hernández de Lara 2006), al menos en la literatura arqueológica publicada.

Por otra parte, la densidad de plantaciones de azúcar y café en la zona no han sido estudiadas sistemáticamente —al menos desde el punto de vista arqueológico—, constituyendo un espacio de significativa importancia para el conocimiento de la esclavitud, ya que Matanzas constituyó uno de los principales exponentes del sistema de plantaciones en el siglo XIX cubano, tanto por la magnitud de la producción como por la densidad de esclavos.

Por esta falta de investigaciones que se manifiesta en la región, hemos creído pertinente profundizar en el estudio del refugio de cimarrones localizado en la cueva El Grillete (Rodríguez y Hernández de Lara 2006). Para ello, hemos tenido en cuenta no solamente las evidencias arqueológicas halladas en la cavidad —dándose a conocer por vez primera el estudio de una parte del material faunístico—, sino también algunos aspectos relacionados con el paisaje, impacto arqueológico producido en el lugar y la contextualización del mismo en el panorama regional.

En este sentido, el libro se estructura en seis capítulos donde se ofrece un panorama general del contexto histórico en el que se enmarca el espacio trabajado y los importantes sucesos que venían aconteciendo en el siglo XIX. Además, se tratan algunos de los antecedentes más significativos relacionados con otros lugares investigados desde el punto de vista arqueológico en los alrededores de la cueva El Grillete y se abordan ciertos casos específicos por el escaso conocimiento que se tiene sobre ellos, tal vez por la

ausencia de publicaciones o por la poca divulgación, dependiendo el caso. Estos aspectos introducen al estudio específico de la cueva El Grillete para profundizar en el conocimiento de las evidencias materiales halladas que brindan un corpus informativo de gran significación desde una micro escala local para entender las dinámicas de sobrevivencia de los esclavos cimarrones.

CAPÍTULO II

ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS



Desde finales del siglo XVIII el desarrollo de la plantación esclavista fue desarrollándose paulatinamente hasta alcanzar su máxima expresión a mediados de la centuria decimonónica. La provincia de Matanzas constituyó uno de los principales exponentes del sistema de plantaciones, lo que implicó que jugara un papel importante tanto desde el punto de vista económico como sociopolítico. Este desarrollo, acompañado de la apertura en 1793 del puerto de Matanzas¹, estuvo sostenido por la introducción de fuerza de trabajo esclavo procedente de la costa atlántica del continente africano.

El censo de 1841, a pesar de las conocidas irregularidades que tuvo, marca cómo la densidad de plantaciones se eleva de manera vertiginosa hasta alcanzar las 358, lo cual ofrece una idea del estallido productivo, si se tiene en cuenta que dos años antes sólo se registraban 145 ingenios. Además, solo la jurisdicción de Matanzas, contaba con una importante diferencia porcentual en cuanto a la población blanca y negra. Los números hablan por sí mismos: blancos: 27148, libres de color: 4570 y esclavos: 52322² (Escalona 2005).

¹ La Real Orden del 3 de diciembre de 1793, habilitó el puerto de Matanzas para la compra venta nacional, i.e. España y sus colonias, y la entrada de negros bozales procedentes de las costas de África (Ruiz 2001:11).

² En 1796 existían 35 ingenios en la jurisdicción de Matanzas y en 1863, 401. Según datos de la época en 1857 Matanzas producía el 55.5% del azúcar cubano (Ruiz 1994).



Fig. 1. Casa de calderas del ingenio Santa Rosa, ubicado en Unión de Reyes, Matanzas. Litografía de Eduardo Laplante, 1857



*Fig. 2. Ingenio Ácana, en la jurisdicción de Matanzas.
Litografía de Eduardo Laplante, 1857*

Esta superioridad numérica, de 1,6 esclavos por cada hombre libre, tuvo sus consecuencias rápidamente.

La explotación de la masa esclava trajo consigo fenómenos sociales materializados en las rebeldías por parte de los esclavos desde su introducción³. A pesar que desde 1793 ya existían palenques y expresiones de cimarronaje en la provincia, no es hasta la década del veinte del siglo XIX que se alcanzarían estadios superiores.



*Fig. 3. Corte y colecta de caña de azúcar.
Xilografía de Jules-Marie-René Ladmiral, c. 1860*

Ya desde 1825 se registraba la primera gran sublevación esclava en Matanzas. El 15 de julio de ese año

³ En el año 1796 el Real Consulado y Junta de Fomento desarrollaba el “Nuevo Reglamento y Arancel que debe gobernar en la captura de los esclavos cimarrones”, documento que por primera vez sancionó de forma directa estos fenómenos sociales. De igual forma definía los términos de cimarrón y apalencamiento (La Rosa 1991b:7).

se inició la rebelión en el cafetal El Solitario, desde donde partió una turba de esclavos que saqueó e incendió 24 plantaciones circundantes. Los sucesos se extendieron por varios ingenios y cafetales de los partidos de Camarioca, Sumidero, Guamacaro y Limonar. Cuatro días después del primer suceso en esta zona, se realizaron detenciones que culminaron en severas penas con el fusilamiento de 14 negros; dos meses más tarde se descubrió un tercer intento (Ruiz 2001: 70-71).



Fig. 4. Óleo de Víctor Landaluze de 1874 donde se observa el mayoral sobre el caballo en el corte de caña

Con posterioridad, el 13 de julio de 1830 se comienza a dar aviso a los dueños, mayorales y administradores de las plantaciones de una conspiración en el partido de Guamacaro, aunque el caso no pasó a mayores. La circular del Capitán General Francisco Dionisio de Vives advertía de tomar medidas contra cualquier sospechoso que encontraran en los bohíos de esclavos (Perret 2007).

Las sublevaciones de esclavos comenzaron a incrementarse gradualmente hasta alcanzar su máximo esplendor a mediados de la década del cuarenta del siglo XIX.

La mayor rebelión esclava del país constituyó la conocida Conspiración de la Escalera⁴. Algunos autores han vinculado esta conspiración con la rebelión que ocurriera el 5 de noviembre de 1843 en el ingenio Triunvirato que se extendió luego al Ácana, invadiendo otras plantaciones cercanas, aunque los esclavos fueron detenidos por una columna del ejército español, sufriendo cincuenta muertos y doscientos prisioneros, algunos de los cuales fueron ahorcados en el lugar (Castellanos y Castellanos 1990). Se estima que el número de esclavos que participó de estas acciones excedía los cinco mil, siendo superados fácilmente por su falta de organización.



Fig. 5. Mapa de Matanzas donde se observa la repartición de los hatos. Fuente: Rousset 1918

La Conspiración de la Escalera, de la que se da aviso el 1ro de diciembre de 1843, comenzaría el día 25 de ese mismo mes en el ingenio Trinidad, en la

⁴ Este nombre proviene del sistema de castigo aplicado a los esclavos, los cuales eran atados a una escalera y azotados.

zona de Sabanilla (Perret 2007). La cercanía de la fecha con los sucesos del Triunvirato han conllevado a pensar que se trataba de una misma organización, que se extendía a gran cantidad de plantaciones.



Fig. 6. Dibujo anónimo aparecido en el Harper's Weekly, New York, el 28 de noviembre de 1868

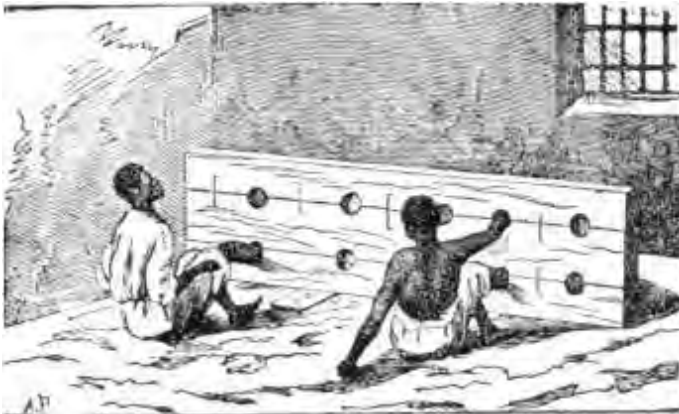


Fig. 7. Xilografía de 1881 donde se aprecia el castigo del cepo

Estos levantamientos habían sido apoyados por parte de la oligarquía criolla, donde fueron implicados

en el complot importantes personalidades de la época como Domingo Delmonte y José de la Luz y Caballero. A mediados de 1844 fueron ejecutados en Matanzas, según las fuentes oficiales, 78 penas de muerte, 1292 personas condenadas a prisión y 435 al exilio (Castellanos y Castellanos 1990).



Fig. 8. Cepo perteneciente al ingenio Socorro, en el partido de Macurijes, actual municipio Pedro Betancourt, Matanzas, expuesto en el Museo Provincial Palacio de Junco



Fig. 9. Xilografía de 1881 donde se muestra un grillete con cadena

Si bien esto fue utilizado como escarmiento para el resto de la población esclava, los fenómenos sociales asociados siguieron su curso, existiendo gran cantidad de palenques y refugios de cimarrones en las elevaciones o terrenos inhóspitos. Los documentos históricos en el archivo provincial dan fe de las partidas de rancheadores⁵ que se realizaban para cazar a los negros cimarrones, donde además se describían las formas de vida encontradas en los refugios que eran destruidos, las armas localizadas y los esclavos capturados o ejecutados. Otra estrategia fue la utilización en 1853 de un esclavo que había permanecido en el monte durante 14 años para perseguir a los apalencados en las elevaciones matanceras⁶.

Con un final desastroso para los esclavos, la Escalera puso fin a las grandes insurrecciones, no así a las expresiones de resistencia y rebeldías que siempre fueron desde formas simples, i.e. roturas de instrumentos, mutilaciones, abortos, suicidios, etc.; a formas más activas como el cimarronaje simple, en cuadrillas y apalencamientos (La Rosa 1991b:7).

El cimarronaje simple fue expresión del primer nivel en este tipo de resistencia y consistía en la fuga individual, o en grupos muy reducidos, de los esclavos de la hacienda o propiedad en la que se les explotaba. Estos “generalmente tenían una visión muy local del lugar donde se encontraban, carente de familiares o amigos en otros puntos, al practicar la fuga, garantizaba de manera más efectiva su subsistencia si merodeaba por las inmediaciones de la propiedad donde había sido explotado; de esta forma resultaba más fácil el hurto de alimentos, obtención de utensilios necesarios para la vida precaria y no sedentaria, así

⁵ Cubanismo que se refiere a los cazadores de esclavos cimarrones.

⁶ Archivo Histórico de Matanzas. OP Cimarrones, caja 14, no. 84. Citado por La Rosa (1988:26).

como el intercambio con miembros de la dotación de la cual procedía” (La Rosa 1989:4) Según La Rosa (1989:2-3) el cimarrón simple tenía su refugio “en abrigos rocosos, cuevas o simples ranchos a distancia prudencial de las haciendas, que podía ser salvada mediante breves incursiones nocturnas”.



Fig. 10. Versión anónima del óleo Negro cimarrón de Víctor Landaluze (1830-1889)

En cuanto a las cuadrillas de cimarrones, estas consistían “en un grupo de cimarrones armados que se movían de manera continua en zonas muy apartadas, pernoctaban ocasionalmente en ranchos, solapas o cuevas y no practicaban la agricultura, sino que vivían de la caza, pesca, captura de animales, el trueque y en lo fundamental, del robo” (La Rosa 1991b:8). “...se movían casi siempre dentro de un mismo territorio que conocían a la perfección, y así lograban burlar las continuas persecuciones de que fueron objeto” (La Rosa 1991b:9). Este autor considera que las cuadrillas como forma de resistencia activa, tenían un carácter

táctico y temporal, ya que debieron ocurrir en zonas de poca seguridad para un asentamiento estable.



Fig. 11. Casa de vivienda del ingenio Triunvirato, Matanzas



Fig. 12. Vista parcial de las estructuras que se conservan del ingenio Triunvirato

Para el área de Limonar las primeras referencias poblacionales se remontan a 1716 con la fundación de

la parroquia de igual nombre (Ruiz 1994:7), aunque no se descarta el asentamiento de colonos en la zona con anterioridad.

Los datos aportados por la historiografía local (Ruiz 2001:71) indican que el cimarronaje y el apalencamiento mantienen su ritmo de incremento durante todo el siglo en Matanzas debido tanto a la gran masa esclava existente en el territorio, la cruel explotación y las características físico geográficas propicias. Las alturas Habana-Matanzas y las de Bejucal-Madruga-Limonar aportaron el escenario idóneo considerándose entre los lugares de mayor efervescencia en la isla.



Fig. 13. Monumento al Esclavo Rebelde, construido en el predio del ingenio Triunvirato

Los rancheadores y otras autoridades

El problema del cimarronaje fue letra constante en los intercambios epistolares de las autoridades coloniales cubanas y, en especial, quedó registrada en los

diarios que llevaban los rancheadores en sus continuas batidas de caza. La documentación disponible sobre estos temas es muy amplia en los fondos de los archivos históricos y en alguna manera han sido trabajados, con mayor o menor profundidad⁷.

Muchos de estos documentos exponen las estrategias de supervivencia de los esclavos prófugos, haciendo énfasis en lo intrincado de los espacios que elegían para esconderse. Pero además, la constante vigilia constituía un factor fundamental para no ser atrapados por sorpresa. En este sentido, un informe de la autoridad local de El Naranjal, en Matanzas, fechado para 1849, expone la importante ubicación de los cimarrones en las elevaciones cercanas, ya que desde allí “ven perfectamente todo cuanto movimiento se haga a los alrededores y se ausentan al momento pues ellos acostumbran a tener vigías constantemente a la expectativa de cualquier movimiento y la defensa que toman es de huir hacia otra parte”⁸.

La zona montañosa de la Habana-Matanzas ha sido uno de los espacios más estudiados desde el punto de vista del cimarronaje, tanto desde los documentos escritos como desde la arqueología. En este lugar se reporta un caso que despierta gran interés por la permanencia: el conocido palenque El Espinal. Este palenque parece remontarse hacia 1828 y a partir de esa fecha en adelante son muchos los informes de rancheadores y otras autoridades que dan todo tipo de información sobre el lugar, incluyendo la destrucción de 21 ranchos en 1832, cuando se calculaba la existencia de unos 50 cimarrones (Álvarez y Vento 1996).

⁷ En el año 2004 se publicó el libro *Cazadores de esclavos. Diarios*, de Gabino La Rosa y Mirtha González sobre el tema, donde se reproducen varios de estos documentos.

⁸ Archivo Histórico Provincial de Matanzas. Gobierno Provincial. Leg. 13, no. 66. Citado por La Rosa 2005a:46.

El informe del capitán pedáneo Francisco Peraltas, fechado el 6 de mayo de 1852, muestra la importancia de este palenque:

“Practiqué ranchería a fin de destruir los palenques, hoy he practicado una en el Espinal, frente al ingenio Caunabaco y encontramos un palenque que es de llamar la atención (...) de haber sin exageración 80 (negros), pues cuando nos vieron tomaron la loma que es la más alturosa y de arriba nos apedrearon (...) portaban lanzas, chuzos, machetes de cintas, calabozos y hojas. Los ranchos eran 47...”⁹

Otro de los lugares de gran efervescencia del cimarronaje fue sin dudas la zona de Maya, espacio de una vegetación exuberante de manglares y zonas pantanosas, lo que constituyó otro escenario idóneo para mantenerse oculto. Es así como hacia 1818 se reportaba la persecución de varios esclavos cimarrones que se habían fugado de los cafetales Hoyo Colorado y Amistad. La captura de cuatro de ellos realizada por el capitán pedáneo José Barroto conllevó a que uno declarara a las autoridades “la existencia por esos lugares de un palenque de once negros que portaban chuzos, machetes y sables hechos con aros de barril” (Álvarez y Rodríguez 2000:53).

Con posterioridad a esta fecha son muchos los informes de rancheadores que reportan la persecución de esclavos prófugos o de las conspiraciones para escapar en grupos, muchas veces compuestos por esclavos de varias plantaciones. Un caso de las batidas que se organizaban en esta zona reporta en 1848 el hallazgo de restos de cimarrones, lo que da una idea del tipo de asentamientos nómadas siempre a la expectativa de las persecuciones.

⁹ Citado por Álvarez y Vento 1996: 16.

Este tipo de información de los informes de las autoridades locales y especialmente de los rancheadores, a pesar de ser relativamente abundante, no ha sido trabajada con exhaustividad, cuestión que podría aportar gran información a la investigación de este fenómeno social. No obstante, es necesario tener en cuenta la veracidad de los informes y su contraste con las evidencias materiales que aporta la ciencia arqueológica, ya que los rancheadores cobraban por las batidas que realizaban y especialmente por la captura de los esclavos prófugos, pero mantener a las autoridades coloniales y a los propietarios de las plantaciones sobre aviso constituía también una forma de incentivar la búsqueda de los cimarrones y por lo tanto de fuente de trabajo para los rancheadores.

CAPÍTULO III
TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS
EN MATANZAS



TRABAJOS PRECEDENTES

Los trabajos arqueológicos que se han llevado a cabo en contextos de esclavos cimarrones en la provincia de Matanzas no son muy abundantes, si se considera la proporción de población esclava que la habitaba. No obstante, en mayor o menor medida se han llevado a cabo labores de investigación en sitios vinculados con la esclavitud que si bien no son propiamente sitios de cimarrones, pueden dar un panorama del contexto socio-político en el que estaban inmersos los esclavos.

Por otra parte, es preciso mencionar que el hecho de tratar esta problemática en los límites de la provincia es un aspecto que atenta contra una interpretación más certera tanto de la documentación histórica como de los datos arqueológicos. Esto constituye un recorte espacial que no representa objetivamente los límites territoriales¹ a que estaban sujetos los cimarrones, quienes se circunscribían usualmente a las regiones montañosas o de vegetación muy tupida que fungían como barreras naturales.

Teniendo en cuenta esto, incluiremos aquí no solamente los sitios estrictamente ubicados en la provin-

¹ Si bien la administración colonial del territorio tenía definido los límites territoriales provinciales y de las jurisdicciones municipales, las modificaciones político-administrativas posteriores han conllevado a que distintos parajes pasen a depender de las provincias vecinas, como es el caso de los límites entre la provincia de La Habana (actualmente Mayabeque) y la de Matanzas, aunque esto solo incide en la localización de la documentación histórica en los Archivos.

cia de Matanzas, sino también algunos otros que se encuentran en los alrededores y que conforman el escenario natural en el cual se movieron los cimarrones.

Cafetal La Dionisia

En las afueras de la ciudad de Matanzas, en la zona de Canímar, se ubica una plantación cafetalera de inmigrantes franceses que contó, hacia 1843, con una dotación esclava de unos 80 individuos (Hernández de Lara 2010). Las investigaciones histórico-arqueológicas que se han llevado a cabo en el lugar develaron algunos aspectos sobre la vida de los esclavos en la plantación, aunque las evidencias materiales relacionadas fueron escasas. No obstante, algunos grilletes, herramientas de trabajo y estructuras constructivas permitieron abordar parte de la historia de esta plantación.



Fig. 14. Grillete encontrado en superficie en la plantación cafetalera La Dionisia. Tomado de Hernández de Lara 2010

La Dionisia, a pesar de contar con un extraordinario nivel de conservación de las construcciones que conformaron la plantación cafetalera, uno de los principales exponentes de la vida del esclavo había sido demolido, al parecer desde la década del setenta. El barracón de los esclavos comunes —pues los esclavos domésticos parecen haber tenido un espacio privilegiado en el patio de la casa de vivienda—, según la tradición oral, estaba conformado por un muro perimetral que pasaba los dos metros de altura, con dos puertas y una división que separaba a los esclavos por sexo. Aparentemente, cada uno de los espacios estaba dividido por pequeñas dependencias, semejante a lo que se ha conocido como el barracón de patio, con ligeras diferencias.

Una de las cuestiones de importancia corresponde al probable intercambio o compra de productos que no eran suministrados por los propietarios de la plantación, sino probablemente adquiridos a vendedores ambulantes —muy comunes en los campos cubanos en el siglo XIX— o bien directamente con otros esclavos de plantaciones vecinas.

Cueva El Garrafón o Mural

Uno de los espacios en los que se ha llevado a cabo algún tipo de estudio arqueológico en la zona de Maya, lo constituye la cavidad conocida como El Garrafón. Según Álvarez y Vento (1996:18), en expedición realizada el 11 de junio de 1993 al lugar antes mencionado, “se localiza una cueva (...) que llamaremos El Garrafón”, ocasión en la que se encuentra “un típico caldero de hierro colonial, al parecer no utilizado para cocinar (ausencia de fogón o cenital), sino para prácticas mágico-religiosas, con probabilidad asociadas al culto nganga”.

Si bien es cierto el uso de este tipo de recipientes para las prácticas religiosas afrocubanas, en el trabajo en cuestión no se hace referencia a ningún hallazgo que pueda inferir esta posibilidad. En los refugios de cimarrones es común encontrar diversos tipos de contenedores que en su mayoría tenían como función principal el almacenamiento de agua o comida.

En la cueva los autores mencionan además que “se produce un hallazgo importante al ser detectado en la pared del primer salón, ubicada frente a la entrada, un hermoso conjunto pictórico ritual compuesto por aproximadamente cuarenta dibujos color naranja y que a simple vista nos parecía marcas tribales africanas” (Álvarez y Vento 1996:18).

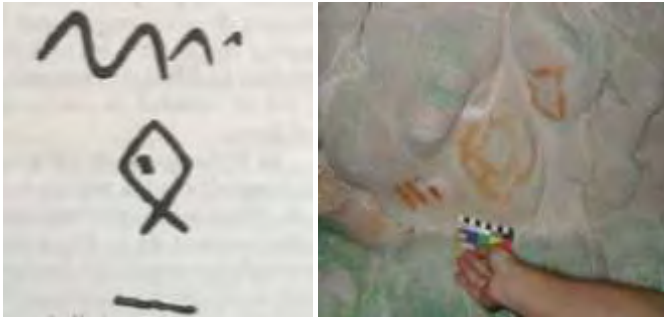


Fig. 15. Izquierda: dibujo de pictografías encontradas en la cueva El Garrafón, reproducidas en el artículo de Álvarez y Vento (1996:18). Derecha: pictografías del estilo geométrico-figurativo en cueva Mural, según González, Fernández y Torres (2005:18)

La ausencia de evidencias arqueológicas relacionadas con las culturas aborígenes y el hallazgo del caldero antes mencionado llevan a los autores a asociar las pinturas rupestres con esclavos cimarrones. Esto los encamina a una vincular las pictografías con las etnias congo o carabalí, a partir de su morfología,

concluyendo que cimarrones de estas naciones debieron haber sido quienes se asentaron en el lugar.

La presencia de arte rupestre, entendida como manifestación mágico-religiosa parece haber sido el punto de partida para interpretar el caldero de hierro como un recipiente utilizado como nganga.

Con posterioridad, un artículo publicado por González, Fernández y Torres (2005) realiza el estudio del arte rupestre presente en cueva Mural, que parece corresponder a la misma cavidad conocida como El Garrafón. En esta ocasión, los autores refieren que el lugar fue conocido gracias al espeleólogo matancero Alberto Clark Rivas, quien guía en 1991 a un grupo espeleológico a la cueva “con manifestaciones de la gráfica parietal aborígen ejecutadas exclusivamente en rojo” (González, et al. 2005:14).

Según los autores, en una galería a escasos metros de las pictografías recuperaron una lasca de sílex de 4cm de ancho, aunque reconocen la escasez de evidencias arqueológicas aborígenes en el lugar y alrededores.

Pero más allá de adjudicar el arte rupestre de la cavidad a uno u otro contexto, cuestión que debería ser estudiada con mayor profundidad en el futuro cercano, el hecho de la presencia del caldero de hierro parece demostrar el uso de la cueva en el siglo XIX, aunque esto no implica necesariamente que correspondan a esclavos cimarrones.

Cueva Los Cristales

Muy cerca de la cueva El Garrafón o Mural, a escasos 350 metros, se reporta la cueva denominada Los Cristales², donde se hallaron evidencias arqueológicas

² Es posible que esta cavidad corresponda a la localizada en 1989 por el Grupo Don Fernando Ortiz de la Sociedad Espeleológica de

históricas en un contexto vinculado con esclavos cimarrones (Álvarez y Vento 1996; Álvarez y Rodríguez 2000). El material rescatado estuvo compuesto por 153 fragmentos de vidrio y 41 de cerámica, acompañados de restos óseos faunísticos.

El estudio de las evidencias, aunque llevado a cabo de forma muy somera, permitió identificar cinco contenedores de vidrio —entre los cuales se hallan tres damajuanas y dos botellas, una de vidrio blanco y base cuadrada y la otra de vidrio verde oscuro— y cuatro vasijas de cerámica (Álvarez y Rodríguez 2000). Por la descripción de las piezas de cerámica, su tipología parece corresponder a El Morro.

Además, la muestra ósea estuvo compuesta por restos de jutías (*Capromis* sp.), cangrejos, majaes, pescados, ganado equino y varias especies de aves, entre las que aparecen gran cantidad de zancudas.

Los autores asocian estas evidencias a una cuadrilla de cimarrones que pudo estar compuesta por unos diez cimarrones. Además, interpretan esta cavidad como espacio habitacional y de cocina, a la vez que pudieron utilizar la otra cueva (El Garrafón) “para celebrar sus ritos ceremoniales” (Álvarez y Rodríguez 2000:55).

Cueva Santa Catalina

En la misma zona que las dos cuevas anteriores, pero alejada de estas por un kilómetro aproximadamente, se encuentra la caverna de Santa Catalina, declarada Monumento Nacional en 1998 por sus valores naturales y culturales, donde se encuentra un rico ajuar aborígen acompañado de un importante número

Cuba, quienes la bautizan con el nombre de Cueva Plana (González, et al. 2005). En este lugar los miembros del mencionado grupo encuentran evidencias arqueológicas aborígenes.

de pinturas rupestres. Pero además, en 1980 se realiza el hallazgo de un contexto arqueológico en el bloque 1 de la zona centro-norte de la cavidad, asociado a esclavos cimarrones con algunas evidencias de gran interés.

En el lugar se detectó “un conjunto de tres enormes cenizales o fogones de hasta 4 m, asociados a un abundante y típico ajuar colonial compuesto por vasijas de barro y vidrio” (Álvarez y Vento 1996:19). Lamentablemente, no se conoce que se haya llevado a cabo una investigación exhaustiva del hallazgo, cuestión que podría aportar un monto de información de gran importancia para la región.

En compañía de los fogones localizados se encontró un machete de pala ancha o calabozo y un metatarso anterior de caballo (*Equus caballus*)³ de 23cm de largo por 6cm de ancho en el que se detectó “un conjunto de líneas paralelas que se cruzan formando pequeños rombos, los que sin dudas son producto de una talla artesanal intencional” (Álvarez y Vento 1996:20). En la actualidad esta pieza se encuentra en exposición en el Museo Provincial Palacio de Junco, en la ciudad de Matanzas.

Loma del Pan de Matanzas

Las primeras exploraciones desde el punto de vista arqueológico en el Pan de Matanzas parecen corresponder a las realizadas por Eladio Elso en 1974 en la Cueva del Pan, cuando colecta un lote de tiosos de cerámica histórica que se encuentra depositado en el almacén del Centro de Antropología de la Academia

³ A partir de las imágenes, la zooarqueóloga Dra. Matilde Lanza de la Universidad de Buenos Aires, nos comunicó que la ausencia de la epífisis proximal impide su identificación como metatarso o metacarpo, por lo que sugiere se presente como metapodio de *Mammalia* indeterminada grande, probablemente *Equus caballus*.

de Ciencias de Cuba (La Rosa y Ortega 1990), actualmente Instituto Cubano de Antropología. Este lote de tiestos está compuesto por cinco grandes ollas de cerámica utilitaria de pasta roja con barniz y una horma de azúcar⁴, todas ubicadas cronológicamente en la primera mitad del siglo XIX.

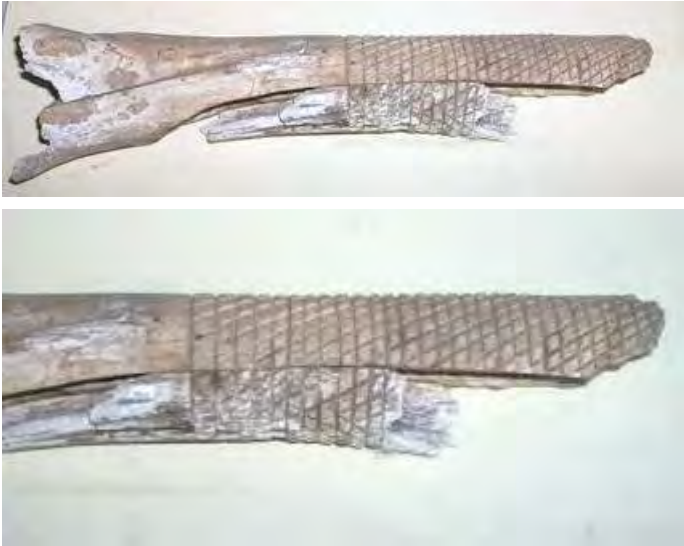


Fig. 16. Dos vistas del hueso tallado asociado con esclavos cimarrones. Fotos: Silvia Hernández Godoy

Con posterioridad, en 1990, se realizan nuevas exploraciones en la elevación, estudiando dos cavida-

⁴ Vasija de barro o metal, en forma de cono, con sus extremos abiertos, que se situaba en un soporte generalmente de madera con su extremo más ancho hacia arriba, donde se depositaba el melado de caña una vez que había sido cocinado, para que drenaran los líquidos por su extremo más estrecho y se conservara dentro el pan de azúcar. La horma por lo general rompía para sacar el bloque de azúcar y este se dividía según la calidad del azúcar que quedaba dentro; de arriba hacia abajo: azúcar blanca, azúcar morena y azúcar prieta (Lisette Roura Álvarez, comunicación electrónica, 2011).

des: la Cueva de Sanguily y la conocida como Cueva de la Lechuza, que se corresponde con la explorada por Eladio Elso.

En la Cueva de la Lechuza se realizaron colectas de superficie y una cala de 1m X 1m, encontrándose varios fragmentos de hormas y de un caldero trébede, así como fragmentos de contenedores de vidrio y restos de dieta.

La Cueva de Sanguily aportó, además de evidencias semejantes a la anterior, la presencia de fragmentos de una olla de cerámica manufacturada por cimarrones y restos de un perro.

Estas evidencias, corroboraron un importante monto de información histórica que dan cuenta del uso de esta elevación por parte de esclavos cimarrones.



Fig. 17. Loma del Palenque, donde se observa lo agreste del terreno y la tupida vegetación

Loma del Palenque

Esta elevación, vecina de la Loma del Pan, constituyó parte de un ambiente por demás propicio para

los esclavos cimarrones. Su cercanía a las plantaciones cafetaleras y azucareras que abundaron en demasía en la zona y estar enclavado en lo que se conoce como elevaciones Habana-Matanzas, donde se han localizado gran cantidad de sitios vinculados al cimarronaje, propició sin lugar a dudas su utilización por parte de los esclavos prófugos. A tal punto que la toponimia le ha legado un término muy particular que caracteriza la sistematicidad de las rebeldías esclavas del siglo XIX. No obstante, paradójicamente, en esta loma no se han encontrado evidencias arqueológicas que fundamenten la existencia de un palenque, aunque ciertas piezas podrían sugerirlo.



Fig. 18. Fragmento de cerámica encontrada en la cueva La Caja, en la loma del Palenque (cara externa)

Una de las cavidades con que cuenta la loma del Palenque es precisamente la denominada Cueva de la Caja, donde se colectaron algunos fragmentos de cerámica cimarrona (La Rosa s/a). Este tipo de cerámica manufacturada por los esclavos prófugos era elabora-

do en hornos a cielo abierto y en la mayoría de los casos eran de baja calidad. No obstante, teniendo en cuenta el tiempo necesario para la fabricación de vasijas de cerámica y la búsqueda de materia prima —que muchas veces tenían en las propias cavidades que habitaban—, es posible pensar en la existencia de algún palenque en esta elevación.



Fig. 19. Fragmento de cerámica encontrada en la cueva La Caja, en la loma del Palenque (cara interna)

Hallazgo de estatuillas de madera

En 1980 el grupo espeleológico Humboldt de Matanzas dona al Museo Provincial Palacio de Junco, dos estatuas talladas en madera en conjunto con cinco cazuelas de barro, una pequeña campana de bronce y algunas rocas y conchas, conformando un conjunto de once piezas. Las piezas habían sido rescatadas de una gruta ubicada en las cercanías de la finca Flora, próxima a Güira de Macurijes, actual municipio de Pedro Betancourt.



Fig. 20. Representaciones masculina (izquierda) y femenina (derecha) en madera asociadas con la cultura afrocubana

La única información referente al hallazgo la dan a conocer los miembros del mencionado grupo en una nota periodística publicada en septiembre de 1982 en el diario *Juventud Rebelde*. Si bien en esa ocasión se destaca la importancia del hallazgo, señalando que la investigación proseguía, hasta la actualidad no se ha publicado ningún estudio referente al tema, más que su mención esporádica.

El contexto en el cual aparecieron las evidencias, según se argumenta en el mismo artículo, quedó sepultado por el desarrollo poblacional de la zona. No obstante, se menciona que la gruta, con no más de 5m de largo, se hallaba a nivel del terreno, donde una abertura de entre 1,5m y 2m daba lugar a una caída libre de 3m. Según menciona Pedro Pérez Miranda en aquella ocasión, las piezas se encontraban en un saliente y fueron halladas por dos habitantes de la zona en 1962, aunque no es hasta 1969 que, a través de un familiar, llegan a las manos del grupo Humboldt.

Las estatuas en cuestión, talladas en madera, poseen una altura aproximada de 30cm. Según la nota periodística, presentan una perforación que une ambas orejas, espacio que está relleno con grasa animal. Además, refieren que las mismas parecen haber estado pintadas con los colores azul, blanco y rojo, restos de los cuales aún se conservan.

Constituyen una representación de la raza negra, según los rasgos físicos que pueden observarse en las piezas, correspondiendo una al sexo masculino y otra al femenino. Ambas presentan labios gruesos y prominentes, nariz chata con ventanillas dilatadas.

La representación masculina presenta una postura erecta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Piernas ligeramente separadas y el destaque del miembro viril. El brazo izquierdo tiene un faltante en el extremo del hombro y parece haber presentado una base, la cual se encuentra fracturada en los pies. En la cabeza tiene tallado un escudo y una lanza.

En cuanto a la femenina, que presenta igual postura, tiene sus manos sosteniendo los senos. Presenta algunas partes fracturadas, en la base del pie izquierdo y en la cima de la cabeza.

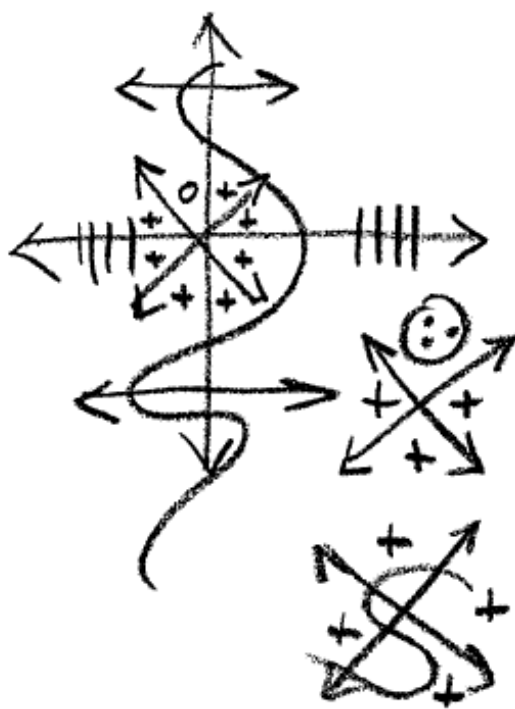
Estas evidencias fueron asociadas a un origen congoleño, según la opinión del investigador Pedro Deschamps Chapeaux, que podrían haber sido parte de un

ritual, lo que implica que hayan sido construidas por negros cimarrones en función de sus prácticas religiosas afrocubanas.

Las vasijas que acompañan el conjunto parecen corresponder a ollas de cerámica utilitaria, probablemente tipo El Morro, con barniz en la parte interna, lo que indicaría que las mismas fueron robadas de las plantaciones cercanas, teniendo en cuenta que fueron halladas en la periferia de una zona que constituyó uno de los principales centros productivos azucareros.

CAPÍTULO IV

LA CUEVA EL GRILLETE



INTRODUCCIÓN

La primera visita al lugar, en compañía de algunos campesinos de la zona, permitió confirmar la presencia de restos óseos, aunque estos correspondían a diversas especies faunísticas, no a humanos, como habían sido reportados a las autoridades. Pero en compañía de las osamentas se hallaron algunas evidencias arqueológicas del período colonial (siglo XIX) que parecían estar asociadas a esclavos cimarrones.

Con posterioridad, se realiza otra visita al lugar, cuando se suman miembros de los grupos Luis Montané y Cacique Yaguacayex, ocasión en la que se detecta que la cueva había sido expoliada, cuestión que trataremos más adelante. Este hecho conllevó a que se realizara una labor de rescate arqueológico de urgencia para evitar futuros impactos en las evidencias que quedaban en la gruta, material que sería resguardado en los fondos del Museo de la Ruta del Esclavo Castillo de San Severino.

Estos primeros contactos con los campesinos del lugar proporcionaron alguna información que nos ayudaría a explicar algunos de los sucesos ocurridos en el lugar, cuando nos fue presentada la cueva con el nombre La Raíz, ya que la entrada está atravesada por la raíz de un árbol del Jagüey que florece sobre la cavidad. Esta raíz permite descender los metros de profundidad que posee la entrada de la cueva.

La investigación posterior en los archivos del catastro espeleológico de la zona no dio resultados satis-

factorios, lo que parecía indicar que correspondía a una nueva cavidad. No obstante, una búsqueda más detenida, con la ayuda del Dr. Ercilio Vento Canosa y Esteban Grau, permitió identificar el lugar como El Grillete, localidad que había sido explorada en 1969.



Fig. 21. Ubicación de la cueva El Grillete en la provincia de Matanzas, Cuba

La Cueva El Grillete o La Raíz se localiza en Loma Buxua, finca Santa Isabel, municipio de Limonar en Matanzas. Esta espelunca se abre aproximadamente a cien metros sobre el nivel del mar y posee un origen freático-vadoso. La cueva cuenta con dos dolinas de entrada; en la más pequeña existe la raíz antes mencionada que prácticamente atraviesa desde la entrada hasta el primer salón, desarrollándose en galerías y salones de bajo puntal en tres niveles.

El 2 de junio de 1969 el Dr. Ercilio Vento Canosa y otros compañeros, en ocasión de efectuar trabajos de exploración y cartografía, hacen el reporte de esta espelunca. Como resultado de estas acciones se encontraron una serie de restos óseos que se asociaron a un cimarrón, ya que estos estaban acompañados de un



Fig. 23. Imagen satelital del área de la cueva El Grillete

Con posterioridad, las evidencias halladas fueron analizadas por Adrián Álvarez Chávez y el Dr. Ercilio Vento en una publicación que aparece en 1996, cuando realizan la reconstrucción del momento de la muerte del cimarrón. Estos investigadores plantean la hipótesis de un posible accidente en la huida ante la

persecución de rancheadores y perros, “castigado sin poder librarse del molesto grillete, machete en mano para defenderse”, lo que parece estar demostrado por la aparente disposición de los hallazgos (Álvarez y Vento 1996:15).



Fig. 24. Una de las entradas de la cueva



Fig. 25. Foto del momento del descubrimiento de los restos óseos humanos en 1969. (Cortesía Dr. Ercilio Vento Canosa)



*Fig. 28. Vista actual del esqueleto con el grillete, expuestos en el Museo Provincial Palacio de Juncos, Matanzas.
Foto: Silvia Hernández Godoy*



Fig. 29. Galería de la cueva donde aparecen piezas arqueológicas mezcladas con rocas con huellas de combustión

Posteriores expediciones a la cueva permitieron detectar áreas de fogones así como la colecta de di-

versos objetos: vasijas de cerámica, contenedores de vidrio, armas, pipas, etc. El análisis de todos estos elementos ayudará a interpretar y comprender un poco más el pasado de los cimarrones que habitaron en la cueva El Grillete.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Las características del hallazgo en la Cueva El Grillete, especialmente el impacto negativo sobre los recursos arqueológicos y su contexto, conllevaron a que se actuara lo más rápido posible, tratando de recuperar la mayor cantidad de información. Para ello, fue necesaria la implementación de una arqueología de urgencia o rescate para la protección y conservación del patrimonio arqueológico que se encontraba amenazado a su desaparición.

La arqueología de urgencia se ha aplicado generalmente en contextos urbanos donde la dinámica de las refracciones y nuevas edificaciones conlleva a dar una respuesta rápida para rescatar tanto las piezas arqueológicas como la información contextual posible. En el año 1991 Renfrew y Bahn (1993:41) planteaban que "...el ritmo del desarrollo económico mundial se ha acelerado en los últimos 30 años, y los arqueólogos de todas partes tienen que adaptarse y aprender a salvar lo que puedan del pasado anticipándose al bulldozer o al arado".

No obstante, los contextos rurales también se han visto afectados por obras de ingeniería o desastres naturales que afectan sobremanera los recursos arqueológicos, lo que ha conllevado a la aplicación de la arqueología de urgencia.

Es así como Renfrew y Bahn (1993:510) exponen a la arqueología de urgencia como la "Localización y registro de yacimientos arqueológicos, por lo general mediante la excavación, anticipándose a la construc-

ción de autopistas, proyectos de drenaje o al crecimiento urbano”, aunque las particularidades del contexto permitirán o no hacer intervenciones más o menos profundas.

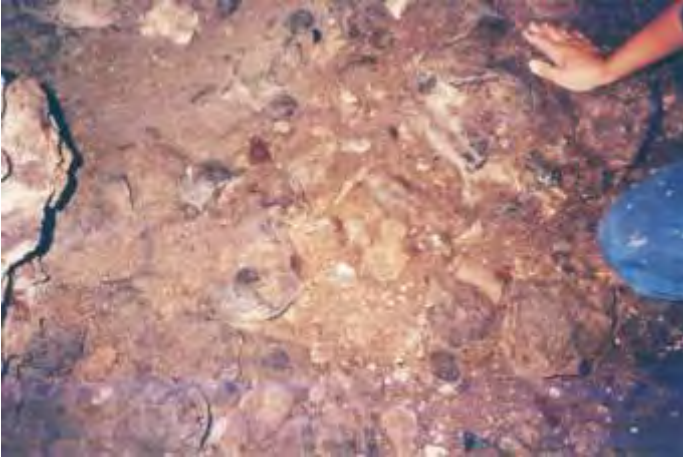


Fig. 30. Evidencias arqueológicas dispersas



Fig. 31. Otra vista de las evidencias fragmentadas

En el caso específico de la Cueva El Grillete, la ubicación del lugar —distante unos 4 km en línea recta

de Limonar, pero a un poco más de 10 km siguiendo la carretera que conduce al caserío más cercano y a 175 metros sobre el nivel del mar—, implica el mayor obstáculo para su protección. Ello conllevó a que las labores arqueológicas se limitaran al rescate de todo el material removido, ya que no se podía especular en su futura protección, a pesar de lo inhóspito del lugar, que en ocasiones provee un grado de protección natural aceptable.

EVIDENCIAS MATERIALES

Cerámica histórica

Los tiestos de cerámica colectados en la cueva El Grillete ascienden a 253 fragmentos, pertenecientes, aproximadamente, a un total de once contenedores, nueve de estos diferentes en cuanto a su tipología. Los hallazgos se realizaron principalmente en tres lugares que denominamos: el Pozo del Esclavo, el fogón #1 y, en menor proporción, en el fogón #2; los mismos corresponden a tres jarras de aceite, dos botijas de fondo plano, dos ollas de cerámica ordinaria tipo El Morro, un pote de stoneware, una pieza de loza blanca, una vasija de ironstone y una botella de ginebra.

Las jarras de aceite, también llamadas botijas o tinajas, encontradas en la cueva presentan forma globular, catalogándose en el estilo tardío, tipo B (Goggin 1960), para el que se estima una cronología extendida entre 1780 y 1880 (Deagan 1987:33), aunque la aparición en contextos del XIX tardío presume la continuación de la producción de estas piezas o bien una reutilización extendida hasta principios del siglo XX.



Fig. 32. Un gollete completo y un fragmento de dos botijas globulares estilo tardío

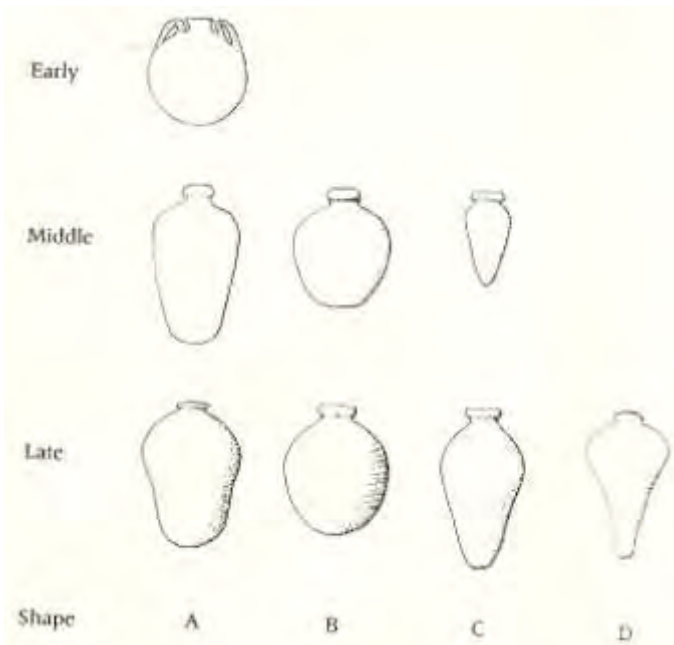


Fig. 33. Formas de jarras de aceite según Goggin (1960:28)

En cuanto a las botijas de fondo plano, la primera es un ejemplar de cerámica tipo Rey que presenta un asa a la altura del cuello y vidriado plúmbeo en el exterior de posible procedencia francesa o inglesa, ubicándose cronológicamente entre 1725 y 1825 (Schávelzon 2001:107). La segunda presenta un vi-

driado interior de color verde olivo; según La Rosa (1995:43) esta se enmarca en el siglo XIX puesto que evidencias semejantes fueron rescatadas en una edificación anexa a la Real Casa de Beneficencia de La Habana, construida entre 1827 y 1862.



Fig. 34. Reconstrucción de los golletes encontrados

Las dos ollas rescatadas, aunque morfológicamente diferentes, presentan alto grado de compactación, superficie pulida y barniz a base de plomo; se clasifican como cerámica El Morro. Para estas resulta difícil establecer un marco cronológico ya que este tipo cerámico no se ha dejado de producir, incluso hasta nuestros días. Schávelzon (2001:99) las ubica desde 1650 hasta 1820 aunque en Cuba es frecuente encontrarla también en contextos del siglo XIX tardío.

La existencia de núcleos poblacionales en el área de estudio se remonta a 1716 con la fundación de la parroquia de Limonar (Ruiz 1994:7), aunque es posible que años antes existieran colonos asentados; siempre posterior a 1693, fecha en que se funda la ciudad de Matanzas. Con respecto a la presencia esclava en el lugar se tiene noticia que para 1793 se reportan formas de rebeldías asociadas al cimarronaje y apalencamiento (Ruiz 2001:33-34), por lo que para el caso específico de la cueva El Grillete se tendrá en cuenta la fecha mencionada para indicar la ubicación cronológica de esta cerámica.

Además, aparecieron dos piezas de Stoneware; un pote de 15 cm de altura por 10,5 cm de ancho, al cual se le estima una cronología extendida entre 1820 y 1918 y la segunda, un tiesto que corresponde al fondo

de una botella de ginebra, enmarcada cronológicamente entre 1820 y 1916. Este material, de tradición netamente europea, se produjo en escala de exportación desde la segunda mitad del siglo XVII, transmitiendo su tecnología rápidamente hacia Estados Unidos (Schávelzon 2001).

Cabe mencionar que "... en Estados Unidos y en Inglaterra hubo recipientes de boca ancha para conservas que se vendían vacíos para uso doméstico, pero son la excepción" (Schávelzon 2001:252). El mismo autor menciona que este tipo de recipientes por lo general se utilizaron durante el último tercio del siglo XIX, o por lo menos en ese período fueron más habituales.



Fig. 35. Pote de Stoneware de 15 cm de altura

Por otra parte los tiestos de loza blanca están representados mediante un recipiente con decoración impresa por transferencia con una banda fina y motivos florales en azul claro en el borde de la base, presentando también construcciones de torreones rodeados de motivos florales y en su fondo la marca a relieve de una Z y en tinta negra bajo el vidriado un 4. La

loza blanca sustituyó a la loza perla a partir de 1830, extendiéndose su fabricación en algunos de sus tipos hasta la década del setenta del siglo XIX, fundamentalmente en Europa (La Rosa 1995:47). Al tratar la loza impresa, Schávelzon (2001:214) apunta que la gran mayoría es de color azul, más oscuro en el siglo XVIII y XIX temprano, más claro más adelante, por lo que se deduce que la pieza en estudio puede pertenecer a la segunda parte del siglo XIX.



Fig. 36. Fragmento de loza whiteware

Por último tenemos una vasija de aproximadamente 15 cm de diámetro, designada como Iron Stone y procedente de Inglaterra o EE.UU. (Roger Arrazcaeta, comunicación personal, 2003). Este estilo cerámico presenta una cronología estimada entre 1813 y 1900 (Ferguson 1998), aunque su mayor desarrollo de exportación se logró alrededor de 1850.

Como se puede observar las piezas estudiadas proporcionan un rango cronológico enmarcado entre finales del siglo XVIII y todo el XIX, pero algunas representan un período posterior a 1830, lo que redu-

circa el estimado a un momento de ocupación posterior al primer cuarto del siglo XIX. Esto parece corroborarse con la Fórmula de Datación de la Cerámica de la tabla siguiente.



Fig. 37. Dibujo de la vasija de Iron Stone, de 15 cm de diámetro

Tipos cerámicos	Rango de producción	Fecha Rango Medio	Frecuencia de aparición	Fecha X frecuencia
Cerámica Rey	1725-1825	1775	1	1775
Cerámica Morro	1793-1900	1846	2	3692
Jarras de Aceite	1780-1880	1830	3	5490
Iron Stone	1813-1900	1857	1	1857
Stone ware	1820-1916	1868	2	3736
White ware	1830-1870	1850	1	1850
Total			10	18400
Fecha Media = Σ (Fecha X Frec.) / Σ (Frec.)				1840

Objetos de vidrio

En cuanto al vidrio, en la cueva se colectaron, como parte del rescate arqueológico llevado a cabo, un total de siete ejemplares completos (5 botellas y 2 frascos de farmacia) y 254 fragmentos, de ellos 11 picos y 10

fondos para un total de 18 contenedores como número mínimo de ejemplares.



Fig. 38. Algunos de los fondos de vidrio hallados

De este total solo se lograron identificar nueve ejemplares, ya que el grado de fragmentación de la muestra impidió determinar partes diagnósticas. Entre los contenedores identificados (Arrazcaeta y Roselló 1988) se encuentran los mencionados a continuación:

Una botella de ginebra fechada c.a. 1850 con cuerpo troncopiramidal, soplado en molde profundo de una sola pieza, pico de molde trabajado con tijeras, presenta defectos de manufactura evidenciado por la presencia de burbujas de aire muy pequeñas.

Una botella de Cognac de alrededor de 1815, contenedor de vidrio proveniente de Francia de la región de Burdeos, muestra impresión en sello ovalado agregado al cuerpo de la botella a la altura del hombro con la inscripción [Vieux cognac. Bordeaux. WR 1815] y presenta marca de pontil. El ejemplar se encuentra fracturado a la altura del hombro.

Además, un frasco de vidrio transparente (1850-1901) de cuerpo liso redondeado, elaborado en molde de dos piezas con labio aplicado, base circular con inscripción a relieve [666] de procedencia estadounidense. En el cuerpo, presenta la inscripción a relieve



Fig. 39. Botella de ginebra

[AGUA DE FLORIDA / MURRAY Y LANNMAN / DRO-
GUISTAS / NEW YORK]. Sobre este frasco se puede
decir que David T Lanman contaba en 1836 con una
droguería en 69 Water St., New York City, quien junto
a Lindley Murray fundó una asociación en 1842. Mu-
rray abandonó el negocio en 1854 y George Kemp se

convirtió en socio. En 1858 la firma pasó a llamarse D.T. Lanman & Kemp y en 1861 Lanman & Kemp. Ambos produjeron muchos productos, incluyendo el Agua de Florida que siempre mantuvo el nombre original (Fike 1987).



Fig. 40. Botella de cognac de la región de Burdeos

Los contenedores de vidrio se ubican dentro del siglo XIX con una tendencia hacia la segunda mitad del mismo (Jones y Sullivan 1985).



Fig. 41. Detalle de la botella anterior donde se lee la inscripción a relieve



Fig. 42. Frasco de Agua de Florida



Fig. 43. Botella de bebida espumosa



Fig. 44. Algunos de los golletes de botellas hallados



Fig. 45. Una botella restaurada

Ubicación cronológica de los contenedores de vidrio y cerámica.

	1725	1780	1790	1810	1820	1830	1850	1870	1880	1900	1910	1916
Botellas de vidrio												
Botella de Ginebra												
Agua de Florida												
Botella de cognac												
Frasco de farmacia												
Botella de vino												
Botella de vino												
Botella de vino												
Botella de vino												
Botella de vino												
Cerámica												
Cerámica Rey												
Cerámica Morro												
Jarras de aceite												
Iron stone												
Stone ware												
White ware												



Fig. 46. Frasco de farmacia encontrado en la cueva

Objeto de madera

Por otra parte, entre los hallazgos de mayor importancia, se encuentra una pieza confeccionada en una sección de madera frondosa que constituye un mortero o pilón horizontal, perteneciente a la familia de instrumentos para la elaboración primaria de alimentos agrícolas, utilizados generalmente “para majar, descascarar y pulverizar el café, maíz” (Tirado 1989: 58) u otros granos, tubérculos y viandas.



Fig. 47. Mortero horizontal de madera

A diferencia de los morteros existentes en el occidente del país y que se pueden observar en museos, e incluso en casas de campesinos en zonas agrícolas de la provincia, el ejemplar hallado presenta el área de percusión o trituración elaborada sobre la cara externa del madero y no en su sección transversal.

Ejemplares similares fueron estudiados por Hernán Tirado Toirac, investigador del Departamento de Etnología del Centro de Arqueología y Etnología de la Academia de Ciencias de Cuba en Holguín, durante la investigación de campo llevada a cabo en 1986 por la

expedición etnográfica a las provincias de Camagüey y Holguín para la elaboración del tema “Instrumentos de Trabajo en los Sistemas Agrícolas Tradicionales de Cuba”. Este autor asevera que “encontramos los pilones horizontales para descascarar el café seco y pulverizar el tostado” (Tirado 1989:58) y continúa diciendo que son iguales a los encontrados en las provincias de Santiago de Cuba y Guantánamo.



Fig. 48. Detalle del mortero de madera

El mortero de la cueva El Grillete, de 0.71m de largo por 0.30m de ancho, fue encontrado en el fogón central y podría corresponder a un ejemplar procedente de algún cafetal o ingenio de los que existieron en la zona. Su presencia en la cueva parece estar relacionada con los robos que hacían los cimarrones en las propiedades de sus amos con el objetivo de garantizar su supervivencia.



Fig. 49. Otro detalle de las paredes internas del mortero



Fig. 50. Interior del mortero donde se puede apreciar el desgaste de la madera



Fig. 51. Pílón o mortero vertical proveniente de la finca La Caoba, Valle de Guamacaro, Limonar, Matanzas. Museo Provincial Palacio de Junco

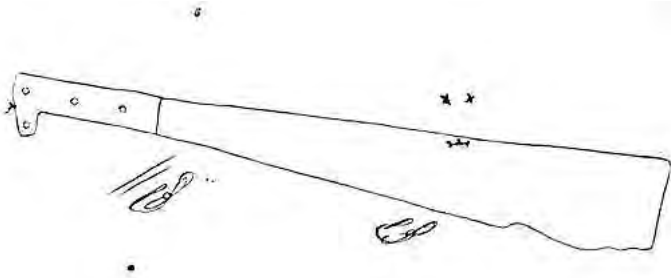


Fig. 52. Pilón para moler café. Foto de la American Photo Company aparecida en el libro Cuba, de Irene Wright (1910:448)

Armas

La bibliografía sobre las armas de los esclavos fugitivos o cimarrones es escasa. En nuestro país solo hemos encontrado un Reporte de Investigación del Instituto de Ciencias Históricas de la autoría del Dr. Gabino La Rosa Corzo: Armas y tácticas defensivas de

los cimarrones en Cuba. En este material se analizan las armas descritas por las autoridades de la época y copiadas en fuentes documentales existentes en los Archivos Históricos y otras recogidas en excavaciones arqueológicas controladas realizadas en palenques en el oriente de Cuba.



*Fig. 53. Machete calabozo ocupado a un esclavo. Copia del dibujo que acompañó el expediente criminal.
(Tomado de: La Rosa 1989)*

Entre las armas descritas por este autor aparecen machetes calabozos, chuzos, estiletos, herrones, lanzas, y cuchillos de diferentes portes y tamaños. Todas, con excepción de las lanzas, tuvieron su origen en instrumentos de trabajo que fueron reutilizados por los cimarrones para defenderse de los ataques que realizaban los rancheadores para intentar eliminar este fenómeno social.

En El Grillete se colectaron varios instrumentos de trabajos que devienen en armas típicas utilizadas por los cimarrones. Dos fragmentos de machetes de pala ancha o calabozos de los comúnmente encontrados en sitios asociados al cimarronaje y el machete que acompañaba los restos óseos del cimarrón descubierto en 1969. De igual forma se colectaron tres mangos de cuchillos y un fragmento de la hoja de otro.

Especial atención merecen dos ejemplares completos: un cuchillo de hoja fina, guarda de hierro y mango con cachas de madera dura unidas al metal por rema-

ches de bronce que presentan una imagen antropomorfa a relieve [largo total 24.2cm – la hoja posee 12.7cm de largo por 2.5cm de ancho] y una navaja, pequeña arma blanca de hoja simple con ambos lados cubiertos por cachas de hueso de 0.3cm de espesor [8cm de largo].



Fig. 54. Cuchillo y navaja con chapas de hueso



Fig. 55. Fragmento de cuchillo



Fig. 56. Objeto punzante de hierro, probablemente utilizado como arma



Fig. 57. Parte del cabo de un cuchillo



Fig. 58. Otro fragmento de cuchillo, correspondiente al cabo

Además, se encontró un fragmento de piedra que parece haber sido utilizada para afilar las armas antes mencionadas.

Los machetes, cuchillos y navaja colectados corresponden a las típicas armas usadas por los cimarrones. Coinciden con algunas descritas por fuentes documentales de la época y otras registradas en excavaciones arqueológicas controladas llevadas a cabo en palenques del oriente de Cuba.

Grillete

En el pozo del esclavo había sido hallado en 1969 un grillete que acompañaba los restos humanos. Esta pieza está compuesta por dos anillas y parte de la argolla que se colocaba alrededor del tobillo.

En esta ocasión se recuperó un fragmento de argolla correspondiente a un grillete. Al comparar este fragmento con el existente en la sala de esclavitud del Museo Provincial Palacio de Junco se pudo corroborar que pertenecía al mismo ejemplar que había sido cortado.

Los investigadores que estudiaron los restos óseos y los artefactos asociados (grillete y machete) plantean que: "Sin duda este cimarrón castigado, sin poder librarse del molesto grillete, machete en mano, quizás perseguido y posiblemente con el asecho de los ladridos de fieros perros no se percató del terreno y cayó. En este lugar, sin poder subir ni bajar, acompañado solo por su machete y el odioso grillete, en medio de una segura desesperación, fallece el desafortunado cimarrón" (Álvarez y Vento 1996:16).

Sin embargo, las evidencias colectadas en esta ocasión revelan que el lugar no constituye un paraje donde pudo haber sucumbido accidentalmente un cimarrón, sino que la espelunca fue utilizada como refugio ocasional. Por otra parte, el fragmento de argolla en-

contrado demuestra que el esclavo logró librarse del grillete. Coincidimos con los investigadores en que la caída puede haber sido la causa de su muerte, ya que el área donde se encontraron los restos óseos estuvo obstruida por sedimentos, no obstante, el rico contexto hallado en el lugar podría modificar las causas que conllevaron al fallecimiento del esclavo, ya que las evidencias arqueológicas parecen contar otra historia.



Fig. 59. Vista del grillete que se muestra en el Museo Provincial Palacio de Junco. En el extremo izquierdo se ve la mitad de la argolla cortada. Foto: Silvia Hernández Godoy

Cuentas de vidrio

Otro importante hallazgo son las cuentas de vidrio, también conocidas como abalorios (Deagan 2002), rescatadas en el salón principal dentro de los cráteres de un gours de goteo¹ existente frente al área del

¹ Pequeñas represas de cuevas, formadas por la deposición de carbonatos que, arrastrados por el agua, forman muros de contención a manera de estanques cuyo origen está directamente vinculado a las aguas aportadas por el goteo cenital de la cavidad (Divaldo Gutiérrez Calvache, comunicación electrónica 2011).

fogón central. La colecta ascendió al número de 42 con la siguiente distribución: azules 19, blancas 12, verdes 9 y negras 2.



Fig. 60. Cuentas de vidrio de diferentes colores que parecen corresponder a un mismo collar

Kidd y Kidd (1972) definen la variedad de las cuentas basados en los procesos de manufactura y características físicas distintivas como el color, la forma y el tamaño. Estos autores reconocen cuatro clases de cuentas, diferenciadas por su estructura (número de capas de vidrio) y tratamiento en la terminación (redondeadas o no por el calor en una segunda horneada). Dentro de cada clase, las variedades individuales de las cuentas son definidas por la presencia o ausencia de elementos decorativos, color del vidrio, transparencia relativa, forma y tamaño de las cuentas. Las clasificaciones respecto al tamaño son: muy pequeñas (menores de 2 mm), pequeñas (2 - 4 mm), medianas (4 - 6 mm), grandes (6 - 10 mm) y muy grandes (más de 10 mm).



Fig. 61. Cuentas de vidrio ensartadas

Siguiendo esta tipología podríamos clasificar las cuentas encontradas como cuentas cilíndricas categoría I, simples o monocromas género f, obtenidas a partir de un extremo de tubo de vidrio cuya superficie fue afacetada por pulimento (If). Respecto al tamaño, 5 son medianas, 35 grandes y 2 muy grandes.

Además del método de Kidd y Kidd, el destacado investigador Karlis Karklins (1985, 1994), editor de la revista de la Sociedad de Investigadores de Cuentas, tuvo la gentileza de clasificar las cuentas aparecidas en Cueva El Grillete como: cuentas realizadas a partir de “segmentos de tubos hexagonales (seis caras) con superficies afacetadas en las esquinas, se fabricaban en varios colores y tienen una gran distribución en América Central y del Norte así como en el Caribe, incluyendo St. Eustatius y Jamaica. Fueron muy populares entre los Indios Seminole de la Florida en el siglo XIX y principios del XX. En Norte América aparecen a finales del siglo XVIII, son especialmente comunes durante la primera mitad del siglo XIX y están presentes hasta el XX. Parecen haber sido producidas exclusivamente en Bohemia, hoy parte de la República Checa” (Karklins 2004).

En Cuba, cuentas similares han aparecido en contextos del siglo XIX en la Habana Vieja (Lourdes

Domínguez, comunicación personal, 2004), en el cafetal de colonos franceses de la Sierra Maestra (Boytel Jambú 1961) y más recientemente en el Cafetal Santa Ana de Biajacas (El Padre), Madruga, provincia La Habana (Roura 2001; Singleton 2005). Lourdes Domínguez (2003:20) plantea que “los collares que existían en África en este momento [refiriéndose a la época de la trata negrera] eran elaborados a partir de semillas y algunos elementos con predominio del metal; a la cuenta de cristal no se hace referencia, es posible que fuera incorporada por el hombre africano a la llegada a la Isla”. Aunque cuentas semejantes han sido estudiadas en ingenios y cafetales asociadas a la esclavitud, no es hasta el presente que se reportan en contextos asociados al cimarronaje (Lourdes Domínguez y Gabino La Rosa Corso, comunicación personal, 2004).

Las cuentas halladas en Cueva El Grillete, de las cuales 41 pueden clasificarse como matipós y solo una de ellas (ejemplar blanco redondo) como gloria, según las nombran los oficiantes del culto yoruba, pueden haber formado parte de un collar simple o de una sola hilada. Desafortunadamente lo fortuito y arbitrario del hallazgo no permitió lograr establecer posibles ensartes asociados como atributos a deidad alguna del panteón yoruba, aunque por la variedad de colores podría corresponder a los denominados collares banderas. Estos consistían en un ensarte de cuentas de los principales Orishas, lo que proveía la protección de todos los santos en un solo collar. Los santeros lo catalogan como un collar para guerrear (Martínez 1961). Para los practicantes de las religiones afro-cubanas los collares no constituyen meros adornos, sino que en el estricto sistema de ensartar sus cuentas se concentra la fuerza de los Orishas (Martínez 1961), para lo cual se precisan ciertos rituales.

La constante persecución de que eran objeto los esclavos cimarrones por los rancheadores y la continua zozobra en la que vivían podría estar relacionada con la presencia de un collar bandera entre su ajuar, precisamente por la creencia en la protección que este tipo de collares les ofrecía y el hecho de ser considerados para guerrear.

Pipas para fumar tabaco

En el fogón No. 2 se colectaron dos pipas de cerámica europeas y un pequeño fragmento del fuste de una tercera. Estos utensilios de fumar han sido clasificados de origen catalán y fueron comunes en el siglo XIX cubano. Ambas piezas presentan decoración a relieve, confeccionadas en molde de dos piezas y no poseen marcas de fabricantes.



Fig. 62. Dos pipas para fumar tabaco y un fragmento de una tercera, probablemente de origen catalán

Esta tipología de pipas de arcilla merece un estudio más detallado ya que aparenta ser de amplia distribución en Cuba, pero no así en el resto de la América hispánica, donde no se conoce ningún reporte hasta el

momento. Algunos ejemplares con marcas de fabricante estudiados por Roger Arrazcaeta (comunicación electrónica, 2010) han permitido asignarles un origen catalán, pero recientes investigaciones han develado la existencia de pipas semejantes fabricadas en Francia e Italia, aunque estas no han sido estudiadas con profundidad.

Es importante señalar la presencia de estas pipas en torno a un solo fogón, en el cual no aparecieron restos faunísticos, lo que podría indicar algún tipo de distribución del espacio dentro de la cueva como se ha constatado en otras ocasiones donde los cimarrones encendían fuegos para calentamiento.

Fogones

Tras el estudio de cueva El Grillete se pudo detectar tres áreas de fogones conformadas por un fogón principal y dos más pequeños. Estos se encuentran bien en el interior de la cavidad, lo que permitía que el humo no saliera hacia el exterior y delatase la presencia de cimarrones a los rancheadores.

Es de destacar que a pesar de los daños causados a los fogones por personas inescrupulosas, se pudo comprobar que en el fogón principal se encontraban la mayor cantidad de artefactos de cerámica y vidrio, así como fragmentos de cazuelas de hierro o trébedes que conforman al menos cuatro calderos, el mortero de madera y abundantes restos de dieta. En algunas áreas del mismo la ceniza alcanza hasta los 12cm de profundidad.

Esta disposición pudiera indicar un área central común donde se desarrollaba la mayor parte de las actividades de la cuadrilla. La destrucción del sitio no permitió esclarecer otros detalles.

Entre la dieta colectada en el sitio se encuentran en gran abundancia los restos de ganado vacuno, bovino

y porcino e igualmente están presentes los restos de jutías, cangrejos, aves e incluso espinas de pecados. Es de señalar que la dieta solo aparece en los fogones 1 y 3 —en el fogón 2 solamente se detectó cenizas y las pipas de fumar—. Los restos faunísticos serán tratados más adelante.

ALGUNOS ASPECTOS DEL PAISAJE

Uno de los aspectos de gran potencial que no ha sido debida o sistemáticamente trabajado, en relación con los esclavos cimarrones, corresponde a lo que se ha denominado Arqueología del paisaje (ArPa). Esta perspectiva implica entender el paisaje no como un escenario estático, ya dado, de orden físico y ambiental, sino como una construcción social, imaginaria, enraizada en la cultura, donde pensamiento, organización social, subsistencia y la concepción y uso del espacio se encuentran en estrecha relación (Criado 1993). La ArPa ha sido entendida como el estudio y reconstrucción de los paisajes arqueológicos, donde la metodología arqueológica es utilizada para estudiar los procesos y formas de culturización del espacio (Criado 1999).

Entendiendo al paisaje como producto social, Criado Boado (1999:6) expone las tres dimensiones que configuran al paisaje, a saber: 1. el espacio en cuanto entorno físico o matriz medioambiental de la acción humana (Holliday 1992, Retallack 1990, Shackley 1981), 2. el espacio en cuanto entorno social o medio construido por el ser humano y sobre el que se producen las relaciones entre individuos y grupos (Vicent 1991), y 3. el espacio en cuanto entorno pensado o medio simbólico que ofrece la base para desarrollar, y comprender, la apropiación humana de la naturaleza (Ingold 1986). No obstante, asume que: “Aunque por razones estratégicas, metodológicas o empíricas, se

pueda priorizar la consideración de una de esas dimensiones, la coherencia del estudio requiere que, cuando menos desde una perspectiva teórica, sean tenidas en cuenta sus relaciones con las restantes” (Criado 1999:6).

Teniendo presente estas consideraciones, creímos pertinente su aplicación al caso que nos ocupa, ya que el estudio del cimarronaje esclavo como fenómeno social posee algunas peculiaridades que permiten un acercamiento a la reconstrucción del paisaje, toda vez que “el ser humano, a diferencia de otros seres vivos, no sólo vive en el entorno, sino que crea su propio entorno para vivir o, dicho en otras palabras, construye su propio medio socio-cultural” (Godelier 1989, citado por Criado 1999:5).

El espacio natural

Las elevaciones donde se ubica la cueva El Grillete constituyen lo que se denomina la Sierra de Guamacaro, con un largo que se acerca a los 10 km y una altura máxima de 256 m.s.n.m. Forman parte de las Alturas de Coliseo, con un relieve constituido por alturas tectónico-estructurales que posee una vegetación variada con presencia de bosques compactos y semi-compactos, así como de maleza compacta con y sin espinas.

La zona posee gran cantidad de afluentes de agua, en especial en la parte norte de la sierra, que nacen en las propias elevaciones y alimentan el río Guamacaro, que tributa a su vez al río Canímar.

El valle de Guamacaro constituyó uno de los parajes más concurridos en las cercanías de Matanzas donde la industria azucarera se difundió con fuerza. La densidad de plantaciones existentes en el lugar así lo confirma, sin contar que las tierras continuaron explotándose con el mismo fin hasta principios del siglo

XXI, especialmente por el central Horacio Rodríguez (antiguamente Nuestra Señora del Carmen).



Fig. 63. Vista aérea de una sección de las elevaciones de la Sierra de Guamacaro, Limonar, Matanzas

El espacio como entorno construido

Las características geográficas de las elevaciones permiten un acercamiento a las posibles vías de tránsito y la movilidad de los esclavos cimarrones en la zona, teniendo en cuenta la ubicación de la cueva El Grillete y la presencia de otras cavidades en la misma sierra.

Un aspecto de gran importancia lo constituye sin lugar a dudas lo que se ha denominado *visibilidad*, entendida como lo que se ve desde el lugar, y *visibilización*, como es visto el lugar desde otros puntos (Criado 1993). En el caso que nos ocupa, las particularidades de los refugios de cimarrones implican el uso de una estrategia de *ocultación*, caracterizada por “la existencia de una estrategia consciente para invisibilizar o enmascarar la presencia de la acción social y sus resultados” (Criado 1993:46).

Si se tiene en cuenta la posición privilegiada de la cueva en uno de los puntos de más altitud de la sierra que llega a los 207 m.s.n.m. y, por otro lado, la ubicación de las plantaciones azucareras en el valle de Guamacaro y la característica chimenea que constituía en sí misma un elemento de alta visibilización, permite establecer una importante visibilidad que estaría actuando en las diversas estrategias de movilidad para la búsqueda de productos alimenticios o materiales. En cambio, la densidad vegetal de la elevación que aún en la actualidad presenta bosques de entre 10 y 12 metros de altura, estarían proporcionando una baja visibilización de la cueva, elemento imprescindible para la durabilidad de los refugios de cimarrones. Un aspecto a mencionar es la profundidad y distancia con respecto a las entradas de la cueva a la que se ubican los fogones, cuestión pensada explícitamente para no ser detectados por el humo que estos emanaban.

Por otra parte, es importante determinar las potenciales vías de tránsito, utilizadas o utilizables, teniendo en cuenta el relieve, ya que es más factible el uso de vías predefinidas naturalmente. Como bien menciona Criado (1999), hablar de tránsito y no de caminos implica que lo que se trata de estudiar es la relación de los elementos arqueológicos con el movimiento, interpretando el tránsito en clave de movilidad; esto es “la capacidad para moverse independientemente de la acción de moverse y de la finalidad y alcance de la misma” (Criado 1999:31).

Para ello, se han trazado las posibles vías por las que no solamente debieron tener acceso los esclavos cimarrones hacia las plantaciones azucareras, sino también por las que debieron penetrar los rancheadores en su persecución. Por esta razón, si bien se han señalado las vías naturales, algunas de las cuales continúan en uso en la actualidad, es posible que los

cimarrones se movilizaban entre la vegetación en el día o para llegar a determinados lugares más comprometidos o con mayor visibilización.



Fig. 64. Ubicación de las plantaciones azucareras más cercanas a la cueva El Grillete, según Perret (2007). En líneas intermitentes las posibles vías de tránsito teniendo en cuenta el relieve

Precisamente la movilidad de estos grupos humanos constituyó el eje fundamental en los refugios, especialmente porque estaban emplazados a poca distancia de las plantaciones, de las que se proveían de gran cantidad de recursos, tanto alimenticios como de armas y otros útiles, sin contar el apoyo a las sublevaciones o a la fuga aislada. Es por ello que la ubicación de las plantaciones en los alrededores de las elevaciones constituye un elemento de gran importancia no solamente como utilidad potencial, sino concreta en el espectro de posibilidades de aprovechamiento.

Esto conllevó a la ubicación de las plantaciones conocidas que existieron en los alrededores de la Sierra de Guamacaro, para lo cual se utilizó la información que provee Perret (2007) en cuanto a la localización de los ingenios azucareros. Lamentablemente, no contamos con una fuente semejante con respecto a los cafetales, que también poblaron la zona. En la figura de la página anterior se pueden observar solo las plantaciones azucareras más cercanas a las elevaciones que, además, estuvieron en funcionamiento en un periodo aproximado de tiempo que coincide con la cronología que determinamos para el sitio.

Estas plantaciones conforman una red de lugares en función de las cuales debió organizarse el espacio, tal vez jerarquizándolo por la cercanía o algunas particularidades del ingenio, como pueden ser la densidad de esclavos y de mayores o contramayores, estableciendo así relaciones espaciales significativas.

Teniendo en cuenta estas premisas, por la cercanía (fig. 65) y accesibilidad, es posible que las plantaciones más significativas constituyan los ingenios San José de Cárdenas (1829-1860), El Francisco (1853-1893), Nuestra Señora del Carmen (1796-2002), San Fernando Junco (1829-1877), Lugo (1840-1872) y, en menor medida, Santa Isabel (1878-1893) y La María (1874-1893) por ser más tardíos. No obstante, estos

también se han considerado por dos motivos: primero, porque Perret (2007) menciona estas fechas no en función de la fundación de las plantaciones, sino desde la fecha que tiene noticias según las fuentes consultadas, por lo que podrían haber sido establecidas en fechas más tempranas; y segundo, porque no tenemos una cronología absoluta del desuso de este espacio como refugio de cimarrones.

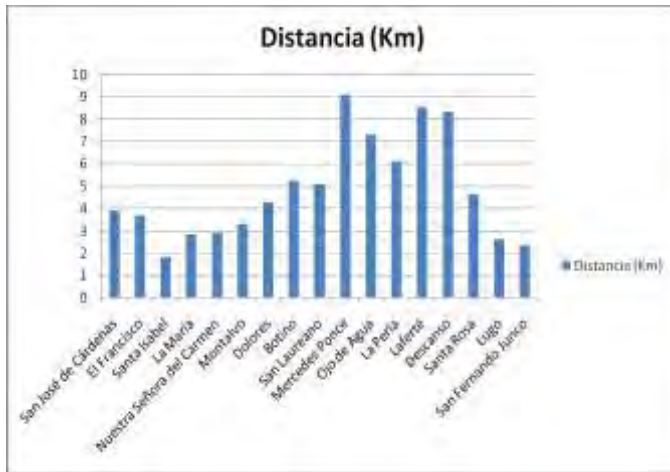


Fig. 65. Distancias en línea directa desde la cueva El Grillete hasta las plantaciones azucareras cercanas

Por otra parte, la misma naturaleza del espacio utilizado permitiría establecer dos áreas de movilidad diferenciales que podrían estar relacionadas con movilidades diurnas y nocturnas. La primera de ellas corresponde a la Sierra de Guamacaro como espacio en el cual se pudieron estar utilizando otras cavidades que se encuentran en las mismas elevaciones, como puede ser el caso de las cuevas La Segueta, Fuente de Agua, El Globito, El Morito, La Vaquería, Sima Zanetti,

La Guataca, La Covacha o Zanetti². Aunque las exploraciones que se han realizado hasta el momento en estas cavidades han sido desde el punto de vista espeleológico y no se han detectado evidencias arqueológicas vinculadas con esclavos cimarrones, no se descarta su presencia. Esta área de movilidad permitiría un acercamiento diurno a las plantaciones ubicadas al este de la sierra, como son La Perla (1832-1893), Ojo de Agua (1859-1893), Laferté (1859-1893), Descanso (1840-1893) y Mercedes Ponce (1853-1895). En segunda instancia, la otra área de movilidad estaría determinada por las plantaciones que rodean las elevaciones, probablemente utilizada en las noches para disminuir el riesgo en las incursiones a los ingenios por los motivos antes apuntados. La gran cantidad de plantaciones posibilitaría incursiones a intervalos de tiempo.

El espacio como medio simbólico

Este aspecto de los grupos humanos que habitaron la cueva El Grillete se manifiesta en la presencia de las cuentas de vidrio que podrían haber conformado un collar bandera, como se mencionó con anterioridad, utilizado por las religiones afrocubanas. Si bien esto es solo una muestra de su religiosidad, otros espacios ofrecen mayores evidencias materiales vinculadas con estos aspectos de la vida del esclavo cimarrón, como es el caso de las estatuillas de madera mencionadas en el tercer capítulo, de las posibles muestras de arte rupestre de la cueva El Garrafón o Mural o del hueso tallado encontrado en la caverna Santa Catalina.

² Otras cuevas cercanas son: El Carnicero, Sonia, El Berro, El Manantial, Los Restos, El Alzado, La Pura y Los Negros. Todas las cuevas fueron ubicadas a partir de los datos obtenidos del Catastro Provincial, confeccionado por el Comité Espeleológico de Matanzas, Sociedad Espeleológica de Cuba.



Fig. 67. Área mínima de movilidad en la Loma Buxua

Lo cierto es que la construcción del mundo cimarrón no solo se limitó a la cultura material, sino al uso mismo del entorno natural, especialmente de los sistemas montañosos y las cavidades, que formaron parte imprescindible de su vida.

PROTECCIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO

Una de las principales problemáticas de los contextos rurales en Cuba son las tradiciones orales que han legado la existencia de tesoros en las ruinas de construcciones antiguas y las cuevas. Esto ha conllevado a que en muchas oportunidades los habitantes de las cercanías a los espacios estudiados por la arqueología lleven a cabo actos vandálicos y destructivos en los sitios arqueológicos. Pero además, la existencia de personas que dedican su tiempo libre a la búsqueda de “tesoros” con el uso de detectores de metales, principalmente en los contextos de la época colonial como las plantaciones de azúcar y café que abundan en la provincia de Matanzas, ha traído como consecuencia la demolición de estructuras que en ocasiones se han conservado sobremanera a pesar del impacto de los agentes naturales.

En el caso específico de cueva El Grillete, con posterioridad a la primera visita al sitio y el conocimiento de los pobladores del hallazgo de las cuentas de vidrio, se llevó a cabo una importante destrucción del contexto arqueológico, al parecer realizado con azadones o herramientas semejantes que devastaron toda el área de los fogones, espacio donde se habían detectado la mayor cantidad de evidencias materiales.

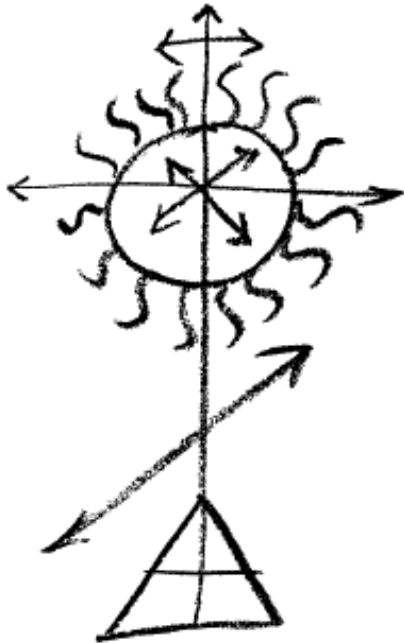
Esto conllevó a implementar una arqueología de rescate con el objetivo de preservar la mayor cantidad posible de evidencias, lo que implicó un sesgo importante en la recogida de información.

En este punto, las alternativas son pocas. La misma naturaleza de los contextos, en su mayoría de difícil acceso o alejados de los núcleos poblacionales, limita la protección patrimonial por parte de las entidades correspondientes, que en muchas ocasiones no cuentan con los recursos necesarios —ni humanos ni económicos— para afrontar esta problemática.

En los últimos años, el inventario de los recursos patrimoniales vinculados a la esclavitud, como parte del proyecto de la UNESCO La Ruta del Esclavo, llevado a cabo por las dependencias municipales de patrimonio, ha permitido localizar y evaluar el grado de deterioro de muchos de estos lugares. Si bien este es un paso necesario, es importante que el esfuerzo no se limite solamente a conocer lo que queda del patrimonio agroindustrial de la provincia, sino a trazar estrategias de protección y uso comunitario para lograr que no desaparezca por completo.

Desde el punto de vista de las pesquisas arqueológicas, es importante que las estrategias de investigación tengan incorporadas la divulgación de los trabajos en las zonas aledañas y la integración de los habitantes tanto como sea posible, cuestión que no ha sido desarrollada consecuentemente. Este aspecto educativo podría ser un motor para inculcar los valores patrimoniales y evitar así los potenciales expolios.

CAPÍTULO V
ZOOARQUEOLOGÍA DE LA
CUEVA EL GRILLETE



APUNTES INTRODUCTORIOS

La diversidad biológica de Cuba y la abundancia relativa de una parte significativa de su flora y fauna permitió en el pasado el establecimiento y subsistencia alimentaria de grupos humanos que se establecieron en los más diversos paisajes de nuestra geografía insular. Los macizos montañosos al occidente, centro y oriente; las amplias zonas de llanos extensos e incluso ciénagas y cayos que rodean la isla mayor y conforman nuestro archipiélago, no constituyeron barreras para la fauna y los humanos.

Las comunidades aborígenes cubanas, en sus más de 7000 años de presencia en Cuba, explotaron los recursos faunísticos y florísticos en su forma más natural mediante la caza, pesca y colecta de ejemplares que hallaron en su entorno. No obstante, el desarrollo económico alcanzado por ellas las impulsó a desarrollar la siembra y la cría en cautiverio de especies de nuestra fauna. Lo cierto es que durante todo el Holoceno el medio natural de Cuba, incluidas sus especies, fue suficiente para la supervivencia de las comunidades tempranas y tardías llegadas a nuestra región geográfica.

La declinación paulatina de las comunidades aborígenes y el incremento progresivo de cultivos como la caña y el café fueron factores, entre otros, que motivaron la entrada —en calidad de esclavos— de humanos procedentes de África. En el transcurso de los años, motivados por diversas razones que en alguna medida se han tratado en las páginas precedentes, estos esclavos huyeron de los ingenios y cafetales y,

por tanto, comenzaron a ser denominados como cimarrones.

Los cimarrones, una vez en estado libre, dependían básicamente de los recursos naturales y de su experiencia para la supervivencia. Sin embargo, el entorno natural ya no era el mismo que conocieron nuestras culturas prehispánicas. Muchas especies faunísticas ya habían desaparecido y otras estaban reducidas espacial y poblacionalmente. Es así que el cimarrón incorpora a su dieta, además de la fauna nativa, diversas especies introducidas en Cuba por los europeos que le aportaban mayor volumen cárnico y que obtenían mediante diversas vías.

La geografía de Cuba posee una elevada profusión de paisajes cársticos, sobre todo en el occidente y centro, lo que permitió en cierta medida que el cimarrón encontrara refugio en diferentes lugares. Las cuevas de pequeño tamaño y las solapas o abrigos rocosos constituyeron un escenario favorable para su utilización como espacio de habitación y área de procesamiento de alimentos. El esclavo que se hace cimarrón y se establece por determinados períodos en estos variados parajes dejó información, no voluntaria, de su permanencia mediante los restos de dieta y utensilios de uso cotidiano.

El establecimiento de sitios de refugios y/o permanencia temporal de los cimarrones en cuevas y solapas cársticas de nuestra geografía nacional fue preferentemente en lugares inaccesibles y bien escondidos entre la vegetación. Por tanto, las evidencias de subsistencia alimentaria pudieron estar concentradas en áreas muy cercanas o en el interior del propio refugio. Estimar el tiempo de duración de esta permanencia por pequeños grupos de cimarrones se hace bastante difícil.

Las evidencias de dieta que se conservan en los sitios arqueológicos en la actualidad pueden estar

alteradas sensiblemente por la acción de animales como los cerdos, cánidos y aves —entre otros— que frecuentan estos lugares; en el pasado pudo ocurrir lo mismo en momentos intermedios en que el área no estaba siendo utilizada por grupos humanos como refugio o sitio de habitación más o menos temporal. Los eventos naturales y los procesos tafonómicos también hay que tenerlos en cuenta en un análisis de este tipo.

Los estudios arqueológicos sobre la composición de la fauna utilizada como fuente de alimento por los cimarrones en Cuba no son frecuentes. Es probable que en esto incida que los restos óseos básicamente corresponden a especies bien conocidas desde el punto de vista biológico y ecológico, como el cerdo, la vaca, el caballo, etc.; y así los reportes sean consistentes en solo mencionar estas especies.

En el Mogote Pan de Matanzas se exploraron dos cuevas: Cueva de la Lechuza y Cueva de Sanguily y en ambas se colectaron en superficie diversos utensilios que pertenecieron a cimarrones, además de restos de la dieta consumida. Las especies de animales identificadas fueron la jutía (*Capromys pilorides*), el cerdo (*Sus scrofa*), la vaca (*Bos taurus*) y el majá (*Epicrates angulifer*) (La Rosa y Ortega 1990). Estos autores también mencionan a *Canis lupus familiaris*. Para todas las especies mencionadas no se ofrecen detalles del estado de las piezas óseas en el citado trabajo. Sin embargo, La Rosa (2005a), se refiere a que los restos de perro (*Canis lupus familiaris*) hallados en 1990 poseían evidencias de cremación y huellas de corte, aspecto que se repitió posteriormente en el sitio Cimarrón 1. Por lo anterior, este autor citado valora que no solo se debe pensar en actividad subsistencial típica, sino también en tradiciones africanas.

Por otra parte, La Rosa (2005 a y b) relaciona un estudio sobre 25 sitios arqueológicos en las alturas

del norte de la Habana-Matanzas donde, según el registro, aparecen evidencias de la estancia de cimarrones, señalando que fueron grupos reducidos en número. No obstante, da a conocer detalles de cinco de estos sitios donde las evidencias son inequívocas.

Otro trabajo de interés, realizado en la misma región antes citada, relaciona la presencia e identificación de 30 sitios con evidencias de cimarronaje y para todos se señala una habitación temporal. De estos lugares, 18 son de difícil acceso y en su totalidad el entorno es abrupto y boscoso (La Rosa 2007). Según este autor la fauna hallada en los sitios está compuesta principalmente por cerdo (*Sus scrofa*); jutía (*Capromys* sp.); vaca (*Bos taurus*); gallina (*Gallus gallus*); pato (*Cairina moschata*); majá de Santa María (*Epicrates angulifer*); jicotea (*Trachemys decussata*) y varias especies de peces sin definir. Además, apunta que las especies más frecuentes son el cerdo, jutía, vaca y gallina (La Rosa 2007:7).

Las especies antes citadas constituyen un indicativo de que parte importante del aporte cárnico del cimarrón procedía de especies introducidas en Cuba y con mucha probabilidad estas eran sustraídas de las haciendas —entiéndase espacios de cría de los animales—, aunque este elemento no es absoluto pues muchos ejemplares se escapan y se hacen “salvajes”. La Rosa (2008) por ejemplo, realiza una interesante investigación sobre los cimarrones asentados en ciénagas de Cuba y destaca que la subsistencia alimentaria era cubierta con especies procedentes de la actividad de pescar y de cazar fauna que habita en el manglar, donde la jutía (diferentes especies y todas endémicas) debió ser un elemento fundamental. Sin embargo, Cosculluela (1918) en su muy conocida obra *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata* destaca un cayo interior nombrado Cayo Toro donde los cimarrones poseían conucos y siembras diversas, además de tener anima-

les domésticos entre los cuales era mayoritaria la vaca (*Bos taurus*) de ahí el nombre del Cayo.

La subsistencia alimentaria del cimarrón que habitó tierra firme en lugares intrincados, pero relativamente cerca de ingenios y haciendas, difiere en composición faunística de aquel que se estableció en lugares cenagosos. Sin embargo, no es objeto de este trabajo realizar una comparación exhaustiva al respecto. Otro aspecto de interés pudiera estar referido a la alimentación del esclavo y el cimarrón, pero a este punto se han dirigido estudios con anterioridad (ver La Rosa 2005 a y b).

ANTECEDENTES DE LA CUEVA EL GRILLETE RELATIVO A LA FAUNA

En un trabajo precedente, Rodríguez y Hernández de Lara (2006) ofrecen información amplia sobre la Cueva El Grillete, detallando aspectos sobre la localización, caracteres del entorno y objetos de uso cotidiano hallados en el sitio, cuestiones que han sido abordadas con mayor profundidad en las páginas anteriores. Estos autores, respecto a los restos de fauna, señalan la presencia de ganado vacuno, caprino, porcino, cangrejos, aves y espinas de peces; puntualizan que los restos óseos de ganado porcino, vacuno y caprino están muy representados y que probablemente una cuadrilla de dos a seis cimarrones utilizó este lugar como refugio obteniendo su alimento a partir de la caza y capturas de animales procedentes de haciendas, cafetales e ingenios de la región.

Otros datos de interés (op. cit.) para el análisis faunístico es la descripción y detección de tres áreas de fogones en el sitio y que los restos de fauna aparecieron asociados al fogón 1 y 3. Es también de interés el

hallazgo de partes de machetes de pala ancha y cuchillos.

De acuerdo con la ilustración del sitio que ofrecen Rodríguez y Hernández de Lara (2006:67) el área arqueológica de donde se obtuvo el material de fauna fue de una extensión de 15 metros y cinco metros en su parte más ancha. Probablemente los habitantes temporales de esta cueva hayan sido cimarrones simples o una reducida cuadrilla, según los criterios clasificatorios de La Rosa (1991b).

ANÁLISIS DE LOS RESTOS DE FAUNA

En el área arqueológica definida en el interior de la Cueva El Grillete se colectaron las evidencias en puntos diferentes: Pozo del esclavo, Fogones 1, 2 y 3, aunque el fogón 2 aporta muy poca información para nuestro análisis. No se posee registro estratigráfico del lugar a causa de la alteración del sitio, por tanto, las evidencias de fauna carecen de información sobre su posición original lo que impide realizar valoraciones tafonómicas al respecto; además, las muestras fueron obtenidas en superficie.

Pozo del esclavo

Este lugar fue llamado así pues en esta área fue hallado un esqueleto de un individuo negroide de constitución física fuerte y una estatura aproximada de 1.89m (Vento 2004, citado por Rodríguez y Hernández de Lara 2006). La relación de la fauna hallada se describe a continuación:

Vaca. *Bos taurus*. Tercer molar inferior derecho (fig. 68).



Fig. 68. Último molar inferior derecho de *Bos taurus*. Escala 3cm

Correspondiente a esta especie solamente fue hallado un tercer molar inferior derecho. Este posee un grado de mineralización mayor que el resto de los huesos asociados a él, por lo que es posible que proceda de otro lugar o su permanencia en el sitio es muy anterior al resto de los huesos hallados pertenecientes a otras especies. Corresponde a un individuo adulto, pero joven, pues no se aprecia un marcado desgaste en las cúspides dentarias. El molar posee una altura de 54,06 mm y una anchura en su punto medio de 35,2 mm.

Gallina. *Gallus gallus*. Diversos restos.



Un tibiotarso con una longitud de 130,4 mm es consistente con la especie señalada, su anatomía y morfología también se relacionan con la especie. La pieza ósea posee el extremo proximal deteriorado (fig. 69).

Además, otros fragmentos son adjudicables a esta especie pero con poco valor diagnóstico. Se halló una vértebra cervical de coloración muy clara, casi blanquecina, también de esta especie, que contrasta con el color de la mayoría de los restos, por lo que debió haber llegado al lugar muy posterior a la utilización del sitio por los cimarrones.

Fig. 69. Tibiotarsos de Gallus gallus. A la izquierda el hallado en el sitio arqueológico, a la derecha uno reciente. Escala 3cm

Jutía conga. *Capromys pilorides*. Fragmentos.

Diversos fragmentos se adjudican a esta especie. Se aprecian dos porciones craneales de la región occipi-

tal, independientes, que conservan el foramen occipital completo, los cóndilos articulares y la región basioccipital del cráneo; en una de ellas se mantiene la bula ótica adherida, aspecto poco frecuente ya que se desprende con facilidad y también es apreciable el proceso estiloides derecho (fig. 70).



Fig. 70. Región occipital de un cráneo de *Capromys pilorides*.
Escala 3cm

Otros huesos postcraneales confirman la presencia de la especie *C. pilorides*. Un coxal completo izquierdo deteriorado en sus extremos. Un calcáneo, fragmento medio proximal de escapula, un fémur izquierdo que perteneció a un ejemplar adulto joven, epífisis de húmeros no soldadas a la diáfisis, vértebras, entre otros fragmentos (fig. 71). Para este espacio arqueológico se

estima un número mínimo de individuos de dos ejemplares.



Fig. 71. Huesos de jutía, Capromys pilorides. Hueso coxal (arriba), a la izquierda un fémur de un ejemplar subadulto y a la derecha una escápula. Escala 3cm

Cerdo. *Sus scrofa*. Fragmentos diversos.

Esta es la especie mejor representada en el espacio. Son muy diversos los fragmentos craneales y postcraneales que permiten contabilizar al menos dos individuos.

Tres fragmentos maxilares, con dientes insertados, corresponden a individuos diferentes, evidenciado mediante el tamaño de estos. Otros dos fragmentos de hueso dentario (mandíbula) —diferentes en tamaño— uno derecho con tres molares y otro izquierdo

sin molares insertados corresponden a esta especie (fig. 72).



Fig. 72. Fragmentos craneales de cerdo, Sus scrofa. Arriba fragmento de maxilar y abajo fragmento de mandíbula. Escala 3cm

La pieza ósea más completa corresponde a un húmero perteneciente a un individuo adulto joven, pues aún es observable la línea de sutura entre la epífisis superior y la diáfisis del hueso (fig. 73). El hueso tiene una longitud total de 177mm. Posee un área central, en la diáfisis, de color más oscuro y dos rajaduras que son fácilmente visibles. La causa probable de estas rajaduras es que sobre el hueso se aplicó un impacto contundente en su región media (fig. 74). Este húmero es mucho mayor que otro que está muy deteriorado y

solo se conserva parte de la diáfisis que igualmente presenta partiduras por impacto.

Otros muchos fragmentos se adjudican a *S. scrofa*, la mayoría de ellos corresponden al cráneo y vertebrae. Sin embargo, es de notar una vértebra torácica que posee un evidente corte sagital en la región del cuerpo vertebral que pudo ser realizado con un objeto filoso y aplicando fuerza en el impacto, otras áreas del arco neural y espina neural también fueron afectadas (fig. 75).



Fig. 73. Fémur completo de cerdo, Sus scrofa. Escala 3cm



Fig. 74. Detalle ampliado de la diáfisis del fémur de cerdo donde se aprecia el área de impacto. Escala 3 cm

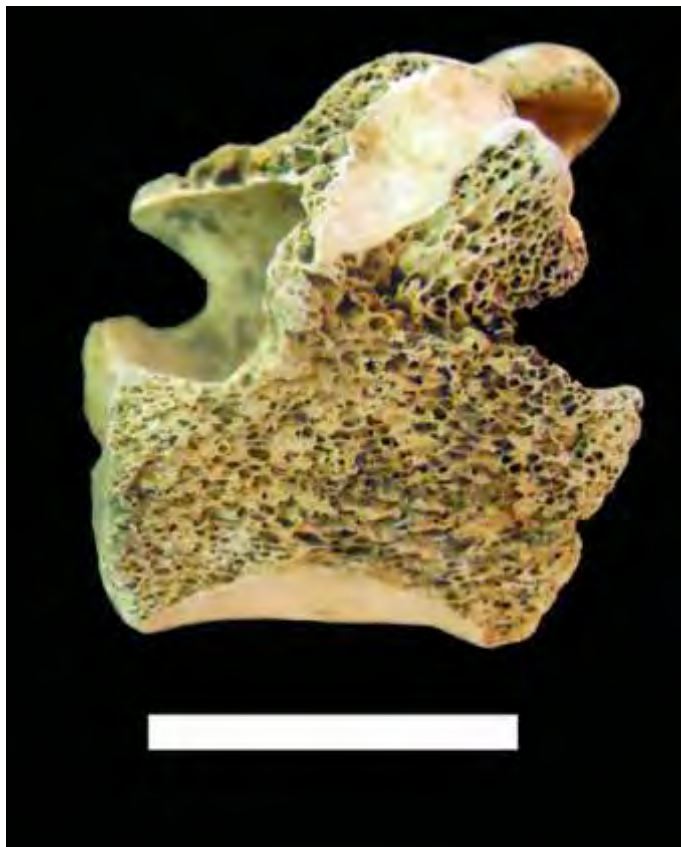


Fig. 75. Vértebra donde se observa el corte sagital realizado sobre ella. Escala 3cm

Fogón 1

Procedente de esta área es donde se registra el mayor número de piezas óseas colectadas en el sitio objeto de estudio. Los huesos están recubiertos por una fina capa de polvo gris que deja ver el color amarillento de los restos. Es elevado el grado de fragmentación que poseen las evidencias, sobre todo las partes correspondientes al cráneo y los huesos largos

como el húmero, tibia y fémur. No se observan rastros de quemaduras intencionales en los huesos, solo un par de fragmentos están quemados en áreas muy pequeñas como resultado de haber estado en contacto con alguna braza encendida, pero esto debió ocurrir posterior al consumo de los animales. Las especies registradas se describen a continuación.

Gallina. *Gallus gallus*. Diversos fragmentos y piezas completas.



Fig. 76. Diversos huesos de gallina, *Gallus gallus*. De izquierda a derecha: fémur completo, porción proximal de tibiotarso y dos tarsometatarsos. Escala 3cm

Los huesos correspondientes a esta especie se identificaron como: un fémur completo, un tibiotarso partido en la región media de la diáfisis faltándole su extremo distal, dos cúbitos de igual lateralidad, un coracoides, dos húmeros fragmentados, parte del sinsacro —región media—, tres tarsometatarsos y otros fragmentos menores (fig. 76).

Teniendo en cuenta la presencia de tres tarsometatarsos con robustez y tamaño diferente se asume un número mínimo de tres individuos.



*Fig. 77. Mandíbulas completas de chivo, Capra hircus.
Escala 3cm*

Chivo. *Capra hircus*.

Esta especie está representada por dos ramas mandibulares derechas. Una mayor que otra (fig. 77). En la pieza mayor la distancia desde el punto infradental a la parte posterior del cóndilo articular es de 129,1 mm; la serie alveolar mide 55,6 mm; la altura del

proceso angular al proceso coronoides es de 75,3 mm. En la pieza menor las medidas son: 104,8 mm, 40 mm y 61 mm, respectivamente. Estos valores son solo una muestra de la diferencia de tamaño entre ambas piezas. La rama mandibular más pequeña corresponde a un subadulto y a un adulto joven la mayor. A nivel de la región media de la rama ascendente de la mandíbula de mayor tamaño se observan huellas de corte como resultado de la actividad antrópica (fig. 78). No se evidencian signos de marcas por impacto contundente o huellas de calor intenso en ambas piezas.



Fig. 78. Detalle ampliado en la mandíbula de Chivo donde se aprecian los cortes realizados. Escala 3cm

Otras piezas óseas que denotan la presencia de esta especie son una escápula completa, una tibia sin los extremos distales y un fragmento occipital del cráneo. Además, existen diversos fragmentos de costillas, de húmero, costillas completas y otros huesos deteriorados (fig. 79).

Cerdo. *Sus scrofa*. Fragmentos diversos.

Esta especie, al igual que en las otras áreas del lugar trabajado, resulta la más abundante a partir de las evidencias óseas recuperadas. La coloración de los huesos y otros caracteres se corresponde con lo ya descrito para este espacio.



Fig. 79. Huesos de Chivo, Capra hircus. A la derecha una escápula, al centro un fragmento craneal occipital y luego una tibia. Escala 3 cm

Principalmente los restos corresponden a ejemplares pequeños subadultos, muestra de ello son tres húmeros que no exceden los 80 mm de longitud —sin las epífisis— (fig. 80). Otros muchos fragmentos craneales y mandibulares son consistentes con las dimensiones de los huesos largos referidos. Sin embargo, están presentes algunas porciones óseas de ejemplares adultos jóvenes que poseen interés desde nuestro enfoque arqueológico. Es evidente en un coxal la acción humana de descuartizamiento por impacto de un objeto filoso, donde se observan cortes intensos (figs. 81 y 81a). En un extremo proximal de fémur derecho, en la cara anterior del hueso, se observa un

marcado deterioro donde probablemente ocurrieron impactos muy fuertes, el periostio de esta región se ve desplazado de lugar pero no desprendido por causa de haberse realizado el golpe o los golpes en un momento muy reciente de la muerte biológica del individuo (fig. 82).



Fig. 80. Húmeros de cerdo, *Sus scrofa*, ejemplares subadultos.
Escala 3cm

Fogón 3

El color externo de los muchos fragmentos óseos colectados alrededor de este fogón no evidencia que

hayan sido sometidos al fuego directamente o que posterior al consumo de los animales los huesos hayan tenido contacto con algún fogón activo en forma directa. Los huesos poseen un recubrimiento de polvo muy fino que es quitado fácilmente con solo pasar la brocha, por tanto queda un color general pardo amarillento.

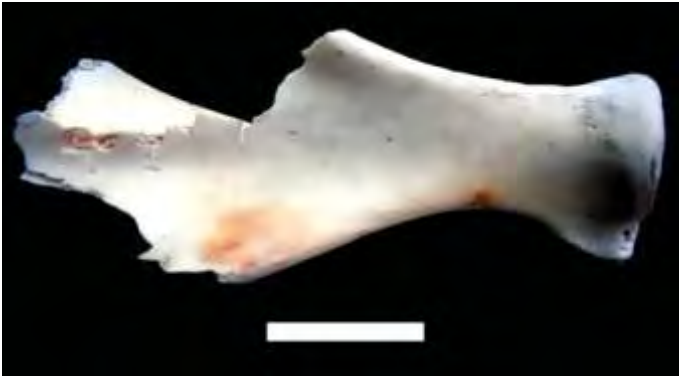


Fig. 81. Fragmento de escápula de cerdo, Sus scrofa. Escala 3cm



Fig. 81a. Detalle ampliado de la imagen anterior

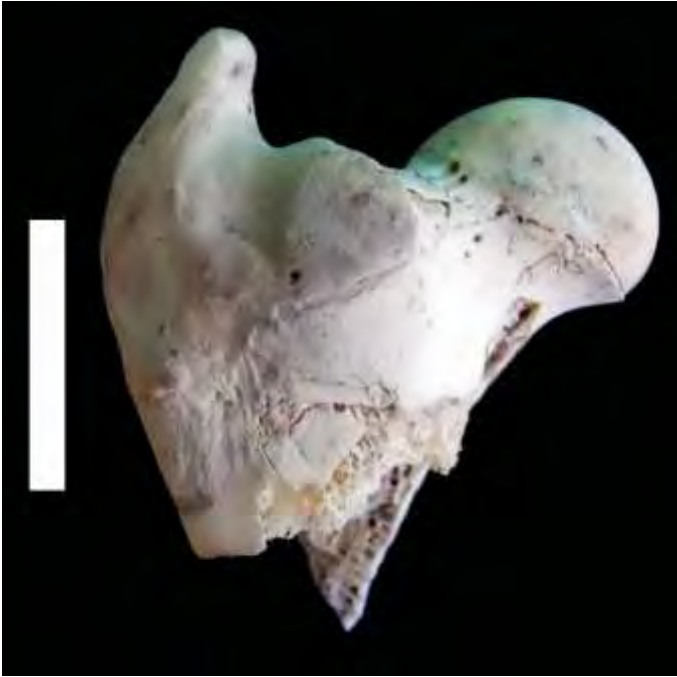


Fig. 82. Fragmento derecho proximal de fémur de cerdo donde se aprecia el área de impacto sobre el mismo. Escala 3cm

Cerdo. *Sus scrofa*. Fragmentos diversos.

La mayor parte de los restos colectados en esta área corresponden a la especie *S. scrofa*. La presencia de tres húmeros, no completos y de diferentes tamaños, es consistente con al menos tres ejemplares. Todos correspondientes a individuos jóvenes y dos de ellos muy pequeños. Estos huesos largos de las extremidades anteriores están muy fragmentados y muestran evidencias de haber sido rotos de forma intencional (fig. 83).

Un fragmento vertebral se destaca por poseer tres marcas evidentes, una mucho más marcada, ocasionadas por un objeto cortante como un cuchillo o mache-

te pequeño bien afilado que fue utilizado en el desmembramiento de uno de los ejemplares de *S. scrofa*.



Fig. 83. Húmeros de cerdo, Sus scrofa con evidentes huellas de impacto y fragmentación. Escala 3cm

Otros dos fragmentos de escápulas (fig. 84), uno mayor que otro, confirman la presencia en el lugar de más de un ejemplar. Estos huesos además, son consistentes morfológicamente con el tamaño de los húmeros pequeños. Las escápulas conservan la región glenoidea y parte de la cresta o espina escapular.



Fig. 84. Fragmentos proximales de escapulas pequeñas de cerdo. Escala 3cm

Jutía conga. *Capromys pilorides*. Diversos restos.

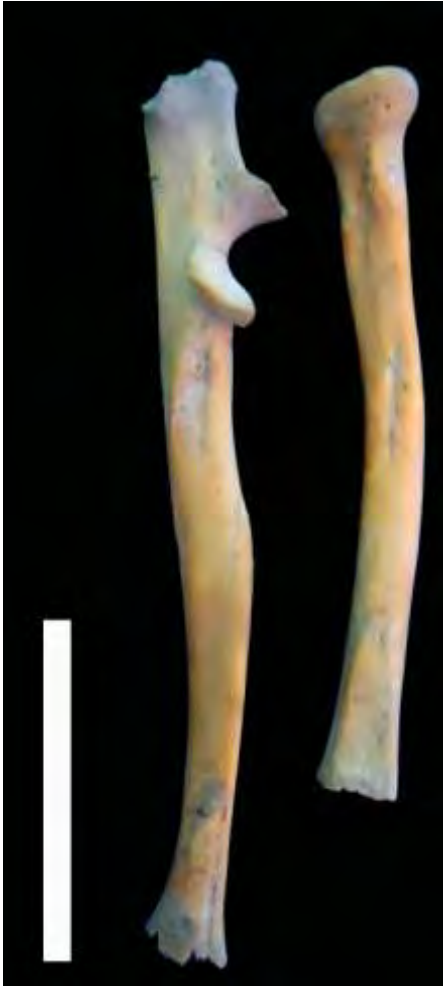
En esta área solo se identificó un fragmento angular derecho de una rama mandibular de *Capromys pilorides*, muy deteriorado, correspondiente a la región craneal.

Otros huesos pertenecientes a esta especie corresponden al postcráneo como el caso de un cúbito y un radio casi completos; una vértebra torácica y un coxal izquierdo deteriorado en los extremos. En estas piezas no se observan evidencias de marcas provocadas por algún objeto filoso (fig. 85).

Gallina. *Gallus gallus*. Diversos restos.

Se identificaron dos húmeros, uno derecho y otro izquierdo, a los que les faltan los extremos distales

epifisarios por roturas; uno es mayor que el otro. Perteneciente a esta especie, también fue registrado el extremo proximal de un fémur derecho de un individuo adulto; un tibiotarso casi completo con pérdida de algunas apófisis en el extremo proximal y un tarsometatarso completo que se distingue del resto de los huesos por su color mucho más blanquecino (fig. 86). Otros fragmentos rotos se adjudican a esta especie.



En general, se puede valorar un número mínimo de dos individuos para esta zona.

Fig. 85. Cúbito y radio de Capromys pilorides. Escala 3cm



Fig. 86. Tarsometatarso de Gallus gallus. A la izquierda el procedente del sitio arqueológico y a su derecha uno reciente. Escala 3 cm

Chivo. *Capra hircus*. Fragmentos.

Los restos pertenecientes a esta especie se evidencian a partir de la presencia de varias costillas completas, dos vértebras torácicas igualmente no deterioradas y un segundo molar superior derecho (fig. 87). En conjunto, los restos parecen haber correspondido a un individuo joven, pero ya adulto.



Fig. 87. Segundo molar superior derecho de chivo, Capra hircus. A la izquierda vista lingual y a la derecha vista labial. Escala 3cm

ALGUNOS COMENTARIOS GENERALES

En correspondencia con los restos de fauna hallados en el sitio arqueológico Cueva El Grillete y sobre todo con los diversos utensilios reportados (Rodríguez y Hernández de Lara 2006) de uso cotidiano, las evidencias fortalecen el criterio de que realmente este lugar fue utilizado por algún grupo reducido de cimarrones en forma temporal. Sin embargo, es muy complicado definir el tiempo de estancia en el área y si

realmente todas las manifestaciones faunísticas reportadas son las que absolutamente consumieron tales individuos.

Es necesario tener presente, en un análisis de este tipo, que pueden aparecer evidencias que no correspondan temporalmente al momento de habitación. En nuestra opinión el molar de *Bos taurus* es un buen ejemplo al respecto. Diversos autores realizan cálculos de biomasa consumida por grupos poblacionales humanos en correspondencia con las evidencias de la dieta que estudian de un lugar determinado; si bien es una información adicional no constituye, en nuestra opinión, un renglón de análisis sustantivo a menos que todo lo consumido haya sido cuidadosamente preservado, y eso no ocurre. Por lo anterior, valoramos que un aporte importante a la dieta puede que haya sido ingerido en lugares fuera del sitio de habitación o haber consumido alimentos de origen vegetal, cuyas evidencias no se preservan en los sitios arqueológicos. No obstante, a esto último puede tenerse una aproximación importante si se realizaran análisis osteoquímicos, paleobotánicos o estudios de isótopos estables en los huesos, a los que no siempre se tiene acceso y posibilidades reales de ejecutar. Sin embargo, aportar información que contribuya al conocimiento integral de un sitio arqueológico y a la dieta humana siempre es provechoso, sobre todo cuando se tienen referencias de los posibles habitantes en el pasado.

Procedentes de tres áreas definidas se extrajeron los restos óseos de fauna que permiten realizar el presente estudio, ellas son: Pozo del Esclavo, Fogón 1 y Fogón 3. El total de restos analizados es de 310, un número significativo de piezas (254) corresponden a la especie *Sus scrofa* y representan el 81,9%, otras 23 pertenecen a *Gallus gallus* para un 7,4%, 19 pertenecen a *Capra hircus* para un 6,1% y 13 corresponden a *Capromys pilorides* (única especie endémica registra-

da) con un 4,1%, además de un molar aislado correspondiente a la especie *Bos taurus*. En términos relativos, los porcentos expresados con anterioridad son congruentes con los obtenidos por La Rosa (2005 a y b) para las especies que se reportan en este lugar, excepto *Bos taurus*.

En los fogones 1 y 3 fue donde se halló la mayor cantidad de restos óseos de fauna y todas las especies citadas con anterioridad alcanzan los mayores valores en estas dos áreas; en el caso del Pozo del esclavo los datos son inferiores.

El cerdo es el animal mejor representado en todo el sitio y ostenta el mayor número mínimo de individuos. Además, es la especie que aporta una cantidad significativa de ejemplares subadultos, prácticamente no se halló un individuo completamente adulto, pues en las muestras maxilares y mandibulares —con dientes aún en los alveolos— es notable la observación de dientes aún no emergidos o en franco proceso de emersión. Por otro lado, en los huesos largos faltan las epífisis por desprendimiento o están soldadas pero visible aún la línea de sutura de las mismas a la diáfisis del hueso.

Lo anterior es consistente con la valoración de que la captura de individuos jóvenes y luego el traslado es mucho más fácil que hacerlo con animales adultos, que además constituyen un peligro para el hombre por la fuerza que desarrollan estos animales.

En algún momento anterior de nuestros resultados se mencionó la no observación de restos óseos quemados intencionalmente, no tenemos evidencia de la exposición de partes de los animales al fuego directamente, lo que no excluye que haya ocurrido.

Al observar detenidamente los restos óseos de animales notamos que el color superficial es parejo y en muchos casos bastante blanquecinos, incluso partes de la región craneal, que son abundantes. Por otro la-

do, en los huesos no se detecta ninguna manifestación de abrasión natural en la superficie, ni partiduras o desgastes producidos por haber sido trasladados los mismos por la superficie del terreno aledaño al sitio en algún momento. Estas observaciones tafonómicas nos llevan a considerar que los huesos, con cobertura cárnica, fueron cortados en el lugar o muy cercano a donde fue consumida la carne. El 71 por ciento de los restos analizados corresponden a fragmentos, principalmente de la región craneal y la columna vertebral. Las huellas de corte intencional, realizadas con objetos filosos como machetes y cuchillos, que afectaron marcadamente los huesos son palpables en una parte importante de las evidencias recuperadas (figs. 88 y 89) y representan el 16,1 por ciento del total de las piezas.

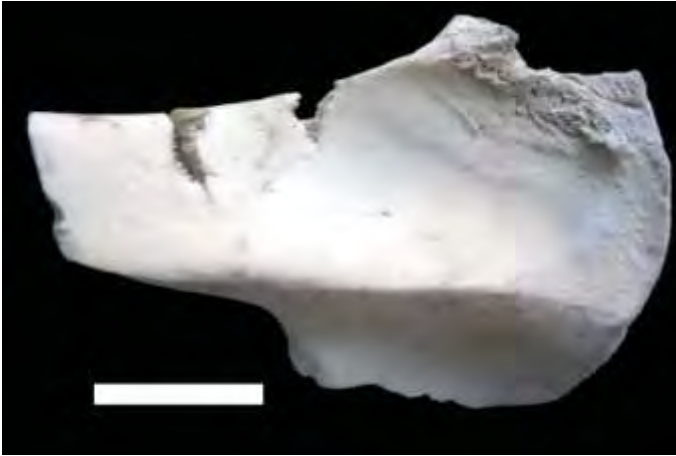


Fig. 88. Fragmento de hueso Coxal de cerdo con marcas de corte intencional. Escala 3 cm

El no encontrar evidencias de fuego directo en las piezas óseas y considerar las observaciones de Rodríguez y Hernández de Lara (2006) que señalan que en el lugar fueron hallados diversos fragmentos, de cons-

titución diferente, de vasijas con variadas formas y tamaños, es que asumimos que las partes de los animales que constituyeron alimento de los cimarrones fueron cocinadas en el interior de recipientes, o sea, fueron hervidos con otros alimentos. Este tipo de acción no deja huella en las piezas óseas como en el caso de que la pieza a cocinar sea expuesta directamente al fuego. Es muy probable que hervir los alimentos y con ello disminuir sensiblemente la disipación de los olores de la carne quemada en el entorno haya sido una estrategia para no ser detectado en un refugio.

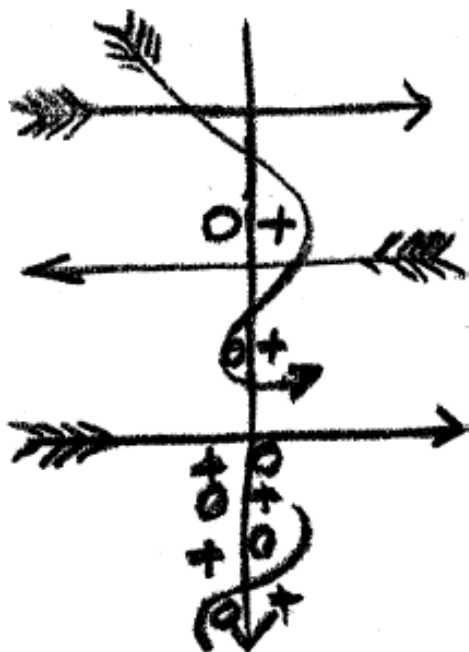


Fig. 89. Vertebra de cerdo cortada con algún objeto muy filoso. Escala 3cm

Una conclusión general es que el reducido grupo de cimarrones o grupos de cimarrones (aspecto muy difícil de establecer en estos momentos) utilizó, sin lugar a dudas, la Cueva El Grillete como punto de refugio y subsistencia temporal. Los restos de fauna denotan una selección fundamental hacia la captura de ejemplares de mamíferos subadultos o adultos muy jóvenes que fueron consumidos preferentemente hervidos, cuya procedencia debió ser fundamentalmente de las haciendas, ingenios o cafetales cercanos, considerando que la fauna utilizada fue principalmente introducida. Además, la preponderancia de fragmentos óseos hallados sobre las piezas completas y las numerosas marcas de corte, denotan un aprovechamiento al máximo de las potencialidades alimentarias de los recursos faunísticos con que contaban.

CAPÍTULO VI

APUNTES FINALES



El estudio del cimarronaje esclavo en Cuba, desde el punto de vista arqueológico, brinda un potencial de gran significación para el abordaje de este fenómeno social decimonónico. Las características del proceso esclavista y la extensión cronológica que tuvo en la isla redundan en una alta densidad de localidades arqueológicas que por sus propias particularidades pueden llegar a conservarse en buenas condiciones. El caso de la cueva El Grillete constituye un ejemplo de lo anterior, donde el escenario medioambiental de la cavidad permitió un grado de conservación elevado para las evidencias materiales, especialmente para el mortero de madera, teniendo en cuenta el clima tropical caribeño y su impacto en este tipo de artefactos. Además, lo inaccesible de los espacios seleccionados por el esclavo cimarrón contribuye también a que el lugar no haya sufrido impactos antrópicos de envergadura más de 150 años después.

El rico contexto arqueológico presente en la cueva El Grillete permitió valorarla como un refugio de una cuadrilla de cimarrones, compuesta probablemente por menos de diez personas. La presencia de diversos artefactos que deben haber sido utilizados como armas, junto con vasijas de cerámica, contenedores de vidrio, pipas para fumar tabaco, tres fogones en el interior de la cueva y abundantes restos óseos de animales, conformaron este espacio de habitación temporal. Además, los restos óseos humanos hallados en 1969 completan un panorama muy valioso que pudo haber sido estudiado con mayor profundidad si el lugar no hubiera sido víctima del vandalismo.

La manifestación de fenómenos sociales como el cimarronaje y las rebeldías asociados a la explotación de las masas esclavas en el área de estudio tiene su mayor auge a partir de la década de 1820, aunque la máxima expresión se alcanza en la década de 1840 con las conspiraciones y los alzamientos posteriores acontecidos en el territorio matancero. Por otra parte, las evidencias arqueológicas rescatadas, sugieren una cronología posterior a esta última fecha, lo que inclinaría a pensar en un posible momento de habitación o utilización del lugar por cimarrones establecidos aproximadamente entre 1840 y 1886, fecha en que se abolió la esclavitud en Cuba.

En la cueva El Grillete se reafirma la idea del Dr. Gabino La Rosa de que las cuadrillas de cimarrones usaban estos tipos de parajes con un carácter táctico y temporal debido a la imposibilidad de garantizar en el área un asentamiento estable. Es importante considerar aquí la abundancia de cavidades muy cercanas a esta que podrían haber sido utilizadas como una red de refugios temporales, aunque hasta el momento no se han reportado hallazgos asociados con este tipo de contextos, a falta tal vez de investigaciones dirigidas en ese sentido, cuestión que queda como una tarea pendiente.

La cantidad y diversidad de artefactos europeos importados que fueron comunes en las plantaciones cafetaleras y azucareras u otro tipo de estancia colonial, conllevan a pensar que la actividad de robo para la subsistencia fue elevada. Estas acciones fueron constantemente registradas en la documentación de las autoridades locales, siendo una de las fuentes principales de abastecimiento de las cuadrillas de esclavos cimarrones. A ello se debió la búsqueda de espacios con baja visibilización pero a la misma vez que estuvieran cerca de las plantaciones.

Por otra parte, aunque no se pudo establecer las dimensiones exactas de los fogones, aparentemente estos abarcaban un área significativa, en especial el fogón principal, donde se conservaba en la bóveda del techo una costra que parece haber sido producida por el fuego. Por ello, es posible que la estancia en la cueva haya sido prolongada o se haya reutilizado en varios momentos, lo que hubiera podido verificarse con un detallado estudio estratigráfico, cuestión imposible de realizar a consecuencia del daño causado en el sitio.

Las pipas europeas rescatadas en la cueva manifiestan también el hábito de fumar tabaco entre los esclavos fugitivos. En varios diarios de rancheadores se refiere la presencia de pipas de fumar tabaco importadas, así como de manufactura cimarrona, como típicos ajuares de refugios de cimarrones y palenques. En este caso, las pipas halladas constituyen un tipo de artefacto de amplia distribución en las plantaciones azucareras y cafetaleras de todo el occidente de la isla.

Las cuentas de vidrio colectadas son las primeras halladas en sitios asociados al cimarronaje en Cuba. Estas podrían indicar las primeras evidencias de collares de santos¹ encontradas hasta el presente. La religiosidad afrocubana constituyó un importante componente de la vida cotidiana de estas sociedades, tanto en la esclavitud como en libertad. Su continuidad se manifiesta aún en la cotidianidad cubana, donde el aporte africano ha constituido un importante condimento. La ausencia de este tipo de evidencias en otros sitios arqueológicos de esclavos cimarrones es posible asociarla por las dimensiones de las cuentas y

¹ Lo collares de santo son un sistema de ensartes de cuentas de cristal traslúcido o mate que reciben el nombre de matipós. Estos pueden ser sencillos o de mazo y por la variación de sus colores se clasifican en primarios, secundarios y neutros, alternados o en un solo color (Domínguez 2003).

las condiciones de poca visibilidad en las labores de excavación arqueológica en las cavidades.

Los cimarrones en Cuba utilizaron muy favorablemente las condiciones del paisaje natural para establecer sus campamentos temporales o de más larga duración; esto, unido a la diversidad de fauna mayor introducida y otra menor, principalmente endémica, fueron factores que propiciaron cierta estabilidad ocupacional de espacios de habitación donde dejaron huellas de sus elementos culturales y de la actividad subsistencial.

Las evidencias dietarias recuperadas en la Cueva El Grillete son consistentes con otros análisis realizados en el país en sitios arqueológicos de cimarrones. La especie *Sus scrofa* (cerdo) fue la que aportó, de acuerdo con el registro óseo, el mayor volumen de carne para el sustento de estos grupos humanos, los que utilizaron preferentemente ejemplares subadultos de esta especie de artiodáctilo. Las huellas de corte e impactos contundentes en los huesos, con fines subsistenciales, son muy evidentes en la muestra de la especie citada. El aporte energético a estos reducidos grupos humanos fue completado con otras especies de mamíferos introducidos (chivos, carneros, aves de corral, entre otros) y la especie endémica *Capromys pilorides* (jutía conga). No obstante, hay que considerar un aporte alimentario procedente de fuentes vegetales que debió, sin lugar a dudas, ser también importante para estos grupos humanos que escapaban de sus "dueños".

El análisis tafonómico realizado en los más de 300 fragmentos de restos óseos de fauna, hallados en el lugar, permite comprender con mayor acierto el despiece realizado con fines alimentarios por parte de los cimarrones. Las marcas de corte identificadas en los huesos y el estado fragmentario de estos son elementos indicativos probables de una finalidad aprove-

chativa de todas las potencialidades alimentarias de los recursos disponibles. Por otra parte, la ausencia de huellas de calor intenso y directo en los restos óseos, podría ser valorada como la no exposición directa al fuego de las piezas, a lo que se añade la coloración amarillenta-blanquecina generalizada de los huesos; estos elementos suponen una posible cocción en agua de los alimentos o un asado fragmentario de los mismos. Esto último podría interpretarse como una estrategia de protección al lugar donde habitaban los cimarrones, pues la elaboración de fuegos intencionales intensos o asados de animales completos delataría su posición.

En un análisis general respecto al estimado cronológico del lugar, teniendo en cuenta elementos diagnósticos, como son los tiestos cerámicos y el vidrio, se puede plantear que el momento de ocupación más probable del sitio se enmarca en una fecha cercana a la mitad del siglo XIX, lo que coincide con las acciones de rebeldía en las zonas aledañas, que se incrementaron a partir de la década del cuarenta. Es interesante resaltar que es precisamente en estos años (1844) cuando se desarrollan los acontecimientos de La Escalera, lo que pudo haber provocado un incremento sustancial de las cuadrillas de cimarrones, considerando que los esclavos fugados procedían de diversas plantaciones ubicadas en un amplio territorio que abarcó parte de la zona de Limonar.

La abundancia de espacios semejantes al de la cueva El Grillete en los sistemas montañosos matanceros es previsible, considerando el desarrollo de la plantación esclavista en la provincia y el monto de la población esclava. Sin dudas, las cavidades yumurinas localizadas en cada elevación que existe, por más insignificante que sea, deben ser objeto de un proyecto investigativo que profundice en los modos de vida del esclavo cimarrón y sus estrategias de movilidad. Si

bien muchas de estas cuevas han sido exploradas y en ocasiones muy visitadas, una mirada arqueológica a esos espacios puede hacer la diferencia. En ocasiones la misma toponimia parece recordar una de las funciones de estas cavidades.

Pero una cuestión de gran significación y que no se tiene en cuenta frecuentemente es la gestión y protección del patrimonio. El estudio e interés investigativo por estos espacios, muchas veces en lugares distantes a los centros institucionales, despierta a la misma vez el interés de las comunidades locales y de la población en general. Esto no implica en sí mismo un problema, siempre que vaya acompañado de determinadas actividades que incorporen a la comunidad y divulguen la importancia del patrimonio y su valor histórico, científico, desmitificando el valor económico.

La ausencia de un monitoreo sistemático del patrimonio cultural en Matanzas, como en muchos lugares de Cuba, conlleva a una pérdida acumulativa de la memoria histórica de nuestra sociedad. Esta, tal vez, es una de las principales herramientas para gestionar el patrimonio, a su vez que se trabaje en la protección y puesta en valor de determinados espacios, permitiendo un uso público del patrimonio que contribuya a enriquecer el conocimiento de nuestro pasado.

Bibliografía

- Álvarez Chávez, A. y E. Vento Canosa.
1996. "Cimarronaje y apalencamiento esclavo en Matanzas", *Espelunca*. Año 2, No 1: 12-20. Órgano Oficial de la Sociedad Espeleológica de Cuba. Fundación de la Naturaleza y el Hombre. La Habana.
- Álvarez Chávez, A. y B. Rodríguez.
2000. "Introducción al estudio de un fenómeno social: El cimarronaje en Maya", 1861. *Revista de Espeleología y Arqueología*. Año 3 No 1: 15-19. Órgano Oficial del Comité Espeleológico de Matanzas, SEC. Matanzas.
- Arrazcaeta, R. y R. Roselló.
1988. "Datación arqueológica de botellas de vino". *Documentos* 1/88: 40-51. Ministerio de Cultura. Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología. CENCREM.
- Arrom, J. J.
1983. "Cimarrón: apuntes sobre sus primeras documentaciones y su probable origen", *Revista española de antropología americana*. Vol. XIII:47-57. Universidad Complutense, Madrid.
- Boytel Jambú, F.
1961. "Restauración de un cafetal de colonos franceses de la Sierra Mestra", *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, época 5ta, número único: 27-56. La Habana.

- Castellanos, J e I. Castellanos.
1990. *Cultura afrocubana 1. El negro en Cuba 1492-1844*. Editorial Universal. Miami.
- Coscolluela, J. A.
1918. *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata*. Imprenta y Papelería La Universal. La Habana, Cuba. 497 p.
- Criado Boado, F.
1993. "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico", *Trabajos de prehistoria*, vol. 50:39-56.
- Criado Boado, F.
1999. *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*, CAPA 6. Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela.
- Deagan, K.
1987. *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean. 1500-1800. Volume I: Ceramics, Glassware, and Beads*. Smithsonian Institution Press. Washington, DC.
- Deagan, K.
2002. *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean. 1500-1800. Volume II: Portable personal possessions*. Smithsonian Institution Press. Washington, DC.
- Domínguez, L. S.
1991. "Las ruinas de los cafetales de la Sierra del Rosario, Pinar del Río, Cuba", *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*: 264-270. Ed. Academia, La Habana.
- Domínguez, L. S.
2003. *Los Collares en la Santería Cubana*. Instituto Cubano del Libro. Editorial José Martí, La Habana.
- Escalona Sánchez, M. S.
2005. "Los momentos que preceden a la «conspiración de la escalera» en la Jurisdicción Matanzas. La población negra de la zona (1840-1844)", *Anales de Museo de América* 13: 301-316.

- Ferguson, J.
1998. "Historic ceramic analysis" 1997. <http://www.city.north-bay.on.ca/lavase/97FRS628.HTM> (11 enero de 2004).
- Fike, R. E.
1987. *The Bottle Book. A comprehensive guide to historic embossed medicine bottles*. Gibbs M. Smith, Inc. Peregrine Smith Books. Salt lake City.
- Garcell Domínguez, J. F.
2002. "Arqueología en un refugio de cimarrones: Cueva del Negro", *El Caribe Arqueológico*, No. 6:44-49. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Goggin, J.
1960. "The Spanish Olive Jar: An introductory study", *Yale University Publications in Anthropology*, no. 62. New Haven: Yale University Press.
- González Tondero, J.; R. Fernández Ortega y C. Torres Nazco.
2005. "La cueva Mural en el contexto del registro rupestre de la costa norte de la provincia de Matanzas, Cuba. Propuestas para su conservación", 1861. *Revista de Espeleología y Arqueología*, Año 6, No. 1: 14-26. Órgano oficial del Comité Espeleológico de Matanzas, SEC. Matanzas.
- Hernández de Lara, O.
2010. *De esclavos e inmigrantes. Arqueología histórica en una plantación cafetalera cubana*, Inst. Sup. del Profesorado Dr. Joaquín V. González, Buenos Aires.
- Hernández de Lara, O. y S. Menéndez Castro.
2011. "Arqueología histórica en Cuba. Una mirada desde la legislación a la práctica", *Arqueología histórica en América Latina. Perspectivas desde Argentina y Cuba* (M. Ramos y O. Hernández de Lara, edit.), PROARHEP, Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires.

- Hernández Mora, I. y R. Arrazcaeta Delgado.
2007. "Rodolfo Payarés: ensayo biográfico para la arqueología de Cuba", *Gabinete de Arqueología*, Boletín no. 6, año 6: 176-187. Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana.
- Holliday, V. T.
1992. *Soils in Archaeology. Landscape evolution and human occupation*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Ingold, T.
1986. *The appropriation of nature. Essays on human ecology and social relations*. Manchester University Press, Manchester.
- Jones, O. R. y C. Sullivan.
1985. *Glossaire du verre de parcs Canada*. Direction de lieux et des parcs historiques nationaux. Parcs Canada.
- Karklins, K.
1985. "Glass Beads: A Guide to the Description and Classification of Glass Beads." Parks Canada.
- Karklins, K.
1994. "A Classification System for Drawn Glass Beads." Paper presented at Society for Historical Archaeology Conference on Historical and Underwater Archaeology, Vancouver, B.C. Revised Dec. 1998.
- Karklins, K.
2004. Re: Help. Karlis.Karklins@pc.gc.ca (Mon, 9 Feb 2004 15: 32:47 - 0500).
- Kidd, K. E. y M. Kidd.
1972. "Classification des perles de verre a l'intention des archéologues sur le terrain". *Lieux historiques canadiens: cahiers d'archéologie et d'histoire*, no. 1, p 47-92.

- La Rosa Corzo, G.
s/a. "Aproximaciones a la cerámica fabricada por cimarrones en Cuba. Una contribución arqueológica". Inédito.
- La Rosa Corzo, G.
1986. "Los Palenques en Cuba: Elementos para su reconstrucción histórica". *La esclavitud en Cuba*, p. 86-123. Editorial Academia, La Habana.
- La Rosa Corzo, G.
1988. *Los Cimarrones de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- La Rosa Corzo, G.
1989. *Armas y tácticas defensivas de los cimarrones en Cuba*. Reporte de Investigación del Instituto de Ciencias Históricas. No 2. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.
- La Rosa Corzo, G.
1991a. "La Cueva de la Cachimba: Estudio arqueológico de un refugio de cimarrones." *Estudios Arqueológicos 1989*, p. 57-84. Departamento de Arqueología. Centro de Antropología. Academia de Ciencias de Cuba. Editorial Academia. La Habana.
- La Rosa Corzo, G.
1991b. *Los Palenques en el Oriente de Cuba*. Resistencia y Ocaso. Editorial Academia. La Habana.
- La Rosa Corzo, G.
1995. *Arqueología en sitios de contrabandistas*. Editorial Academia. La Habana.
- La Rosa Corzo, G.
2005a. "La subsistencia del cimarrón: Estudio arqueológico". *Gabinete de Arqueología*, Boletín 4:45-54. Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana.
- La Rosa Corzo, G.
2005b. "Subsistence of cimarrones. An archaeological study". *Dialogues on Cuban Archaeology*. Edited by Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy and Gabino La

- Rosa Corzo. University of Alabama Press, Tuscaloosa, pp. 163-180.
- La Rosa Corzo, G.
2007. "Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia". *Gabinete de Arqueología*. Boletín 6:4-16. Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana.
- La Rosa Corzo, G.
2008. "Aproximaciones antropológicas a las bandas cimarronas de las ciénagas de Cuba". *Gabinete de Arqueología*. Boletín 7:4-16. Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana. Cuba.
- La Rosa Corzo, G. y O. Ortega Pereyra.
1990. "Refugios de cimarrones en el Pan de Matanzas". *Carta Informativa* No. 6. Época III. Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, ACC, La Habana.
- Martínez Furé, R.
1961. "Los collares", *Actas del Folcklore*, año 1, no. 3: 100-103. La Habana.
- Ortiz, F.
1916. *Hampa afro-cubana. Los negros esclavos*. Imprenta La Universal, La Habana.
- Perret Ballester, A.
2007. *El azúcar en Matanzas y sus dueños en La Habana. Apuntes e iconografía*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- Pichardo, E.
1862. *Diccionario Provincial casi-razonado de voces cubanas*. Tercera Edición. Imprenta La Antillana, La Habana.
- Renfrew, C. y P. Bahn.
1993. *Arqueología. Teoría, métodos y prácticas*. Ediciones Akal, Madrid.
- Rodríguez Tápanes, B. y O. Hernández de Lara.
2006. "Cueva El Grillete: Arqueología Histórica en un refugio de cimarrones", *Gabinete de Arqueología*,

- Boletín no. 5, año 5: 66-74. Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana.
- Retallack, G. J.
1990. *Soils of the past. An introduction to paleopedology*. Unwin and Hyman, Boston.
- Roura Álvarez, L.
2001. "Prospección arqueológica en sitios industriales: Cafetal El Padre e Ingenio San Isidro de los Desfiladeros". Gabinete de Arqueología. Oficina Historiador de la Ciudad de la Habana. Presentación Power Point.
- Roura Álvarez, L.
2011. "Patrimonio industrial y arqueología: acercamiento a sus relaciones en Cuba", *Arqueología histórica en América Latina. Perspectivas desde Argentina y Cuba* (M. Ramos y O. Hernández de Lara, edit.), PROARHEP, Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires.
- Rousset, R.
1918. *Historia de Cuba*, tomo segundo. Librería Cervantes, La Habana.
- Ruiz, R.
1994. *Propuesta de periodización para la Historia Colonial de la Provincia de Matanzas (1494 -1867)*. Matanzas.
- Ruiz, R.
2001. *Matanzas. Surgimiento y esplendor de la plantación esclavista (1793-1867)*. Ediciones Matanzas, Matanzas.
- Schávelzon, D.
2001. *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos XVI-XX). Con notas sobre la región del Río de la Plata*. CD-ROM. Buenos Aires.
- Schiffer, M. B.
1987. *Formation processes of the archaeological record*. University of New México Press, Albuquerque.

Shackley, M.

1981. *Environmental archaeology*. George Allen and Unwin, Londres.

Singleton, T.

2005. "Investigando la vida del esclavo en el Cafetal del Padre", *Gabinete de Arqueología*, boletín no. 4, año 4: 4-13. Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana.

Tabío Palma, E. E. y R. Payarés.

1968. "Sobre los cafetales coloniales de la Sierra del Rosario", *Serie Pinar del Río*, 33 p., Dpto. de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Tirado Toirac, H.

1989. "Los instrumentos de trabajo agrícola en las provincias de Camagüey y Holguín", *Estudios Etnológicos*, p. 52 - 74. Editorial Academia.

Vicent García, J.

1991. "Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica". *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la comarca NW de Murcia* (P. López, ed.), 1: 29-119. CSIC, Madrid.

Wright, I.

1910. *Cuba*. The Macmillan Company. New York.

Autores



Odlanyer Hernández de Lara (Matanzas, Cuba, 1982). Coordinador de Cuba Arqueológica (www.cubaarqueologica.org). Técnico en Ciencias Computacionales y Especialista de la Sala de Historia y Arqueología del Castillo de San Severino, Museo de la Ruta del Esclavo, Matanzas, Cuba, entre 2005 y 2006. Colaborador del Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, de la Universidad Nacional de Luján (Argentina). Ha dirigido dos proyectos de excavación arqueológica en la provincia de Matanzas. Ha asistido como ponente a varios congresos en Cuba y Argentina y sus artículos se han publicado en revistas científicas de arqueología en Cuba, Argentina, España y Venezuela. Autor del libro: *De esclavos e inmigrantes. Arqueología histórica en una plantación cafetalera cubana* (Buenos Aires, 2010) y compilador de *Arqueología histórica en América Latina. Perspectivas desde Argentina y Cuba* (Buenos Aires, 2011). En 2006 recibió un reconocimiento por la labor científica otorgado por el Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Matanzas, Cuba.



Boris E. Rodríguez Tápanes (Matanzas, Cuba, 1971). Licenciado en Lengua Inglesa. Profesor Universitario. Ha estado vinculado al trabajo arqueológico desde 1989. Durante 10 años presidió el Grupo Espeleológico Cacique Yaguacayex donde realizó numerosos trabajos arqueológicos. Realizó estudios de postgrado sobre Arqueología aborigen, antropología cultural afrocubana, conservación de materiales arqueológicos, fortificaciones militares españolas en el Caribe. Varias de sus investigaciones han sido publicadas en revistas nacionales e internacionales. En ese mismo año trabajó en el primer proyecto de excavación y restauración del Castillo de San Severino, labor que se vio coronada más tarde al fungir como conservador de la fortaleza. Junto a Odlanyer Hernández de Lara coordinó la publicación de la Multimedia Interactiva *Castillo de San Severino. Arqueología, historia y actualidad* que reúne los trabajos realizados a lo largo de más de una década en la fortaleza. Es miembro del International Council on Monuments and Sites.



Carlos Arredondo Antúnez (Ciudad de La Habana, Cuba, 1957).

Doctor en Ciencias Biológicas, Investigador Titular y Profesor Auxiliar en la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana. Ha participado en más de noventa eventos científicos nacionales e internacionales. Posee más de cuarenta publicaciones científicas en diversas áreas del conocimiento relacionadas con la Paleontología, Zooarqueología y Antropología física de poblaciones antiguas de Cuba. Ha escrito y es coautor de varios libros sobre los vertebrados terrestres. Ostenta varias distinciones y es miembro de diversas sociedades científicas. Participa en investigaciones nacionales e internacionales. Ha impartido conferencias en Cuba, México, Italia y Alemania. Obtuvo el Premio de la Academia de Ciencias de Cuba por sus aportes a la Antropología y Arqueología de Cuba.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	15
PREFACIO.....	23
AGRADECIMIENTOS.....	27
CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN.....	29
CAPÍTULO II. ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS.....	35
Los rancheadores y otras autoridades..	48
CAPÍTULO III. TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS EN MATANZAS.....	53
Trabajos precedentes.....	55
Cafetal La Dionisia.....	56
El Garrafón.....	57
Cueva Los Cristales.....	59
Cueva Santa Catalina.....	60
Loma del Pan de Matanzas.....	61
Loma del Palenque.....	63
Hallazgo de estatuillas de madera	65
CAPÍTULO IV. LA CUEVA EL GRILLETE.....	69
Introducción.....	71
Aspectos metodológicos.....	78
Evidencias materiales.....	80
Cerámica histórica.....	80
Objetos de vidrio.....	85
Objeto de madera.....	93
Armas.....	97
Grillete.....	101
Cuentas de vidrio.....	102
Pipas para fumar tabaco.....	106

Fogones.....	107
Algunos aspectos del paisaje.....	108
El espacio natural.....	109
El espacio como entorno construido.....	110
El espacio como medio simbólico.....	115
Protección del patrimonio arqueológico.....	118
CAPÍTULO V. ZOOARQUEOLOGÍA DE LA CUEVA EL GRILLETE.....	
Apuntes introductorios.....	121
Antecedentes de la cueva El Grillete relativos a la fauna.....	123
Análisis de los restos de fauna.....	127
Pozo del esclavo.....	128
Fogón 1.....	136
Fogón 3.....	141
Algunos comentarios generales.....	148
CAPÍTULO VI. APUNTES FINALES.....	
155	
BIBLIOGRAFÍA.....	163
AUTORES.....	171



Los estudios sobre la esclavitud en Cuba han sido, y siguen siendo, muy numerosos, especialmente cuando se trata sobre la plantación esclavista desarrollada durante los siglos XVIII y XIX. El territorio que se consagró como máximo exponente de esta etapa fue precisamente la llanura Habana-Matanzas, donde se consolidó el mayor capital de la burguesía cubana de entonces.

El desarrollo de las plantaciones, especialmente dedicadas a la explotación del azúcar y el café, conllevó a un incremento exponencial de los esclavos cimarrones a lo largo de todo el archipiélago, en busca de liberarse del yugo esclavista. Los espacios aislados e intrincados, en las montañas o en las ciénagas, fueron los lugares seleccionados por los cimarrones para intentar sobrevivir al margen de la sociedad, en ocasiones tratando de impulsar sublevaciones más amplias que aunque llegaron a dimensiones insospechadas, no lograron el cese de la esclavitud.

Es precisamente sobre estos temas que versa el libro que presentamos. Desde un caso específico, la Cueva El Grillete, en la provincia cubana de Matanzas, se abordan varios aspectos de la vida de los esclavos cimarrones, su cultura material, el ambiente y sus interacciones con la sociedad que los excluía. Todo esto a partir de un estudio arqueológico que intentó rescatar la memoria, el patrimonio, al darle valor a un espacio saqueado que contribuye al conocimiento del fenómeno social del cimarronaje esclavo en Cuba.

